

CRISTIANDAD



125

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

1 JUNIO

1 9 4 9

«El Corazón de Jesús es realmente para todos los hombres la fuente de la gracia. En efecto, la gracia no es otra cosa

que la vida sobrenatural producida en las almas por su unión con el Espíritu Santo. Como el alma no permanece unida a los miembros del cuerpo sino en cuanto los miembros mismos permanecen unidos al corazón, así el Espíritu de Dios no permanece unido al cristiano sino en cuanto el cristiano permanece unido al Corazón de Jesús.»

El P. Ramière de quien son las palabras citadas insiste constantemente en sus obras en fusión íntima entre las devociones al Espíritu Santo y al Corazón de Jesús. CRISTIANDAD en ocasión de la fiesta de Pentecostés ha querido dedicar este número a tratar algunos aspectos de la doctrina acerca del Espíritu Santo como alma de la vida cristiana.

EDITORIAL: En el aniversario de la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Glosa a la Intención del mes de junio del Apostolado de la Oración (págs. 241 y 242).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: Actualidad histórica de la idea de la Realeza de Cristo, (págs. 243 a 245).

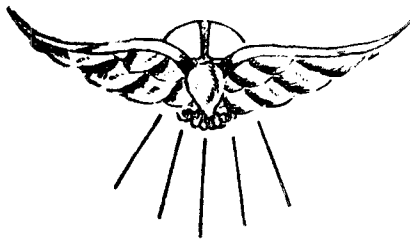
PLURA UT UNUM: El Espíritu Santo, alma de la Sociedad, por el P. Francisco de P. Solá, S. I. (págs. 246 a 248); **Fuente de agua viva,** por Isidro Gomá Civit, Pbro. (págs. 249 a 251); **Acción del Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento,** por Pablo Termes Ros, Pbro. (págs. 252 a 255).

DEL TESORO PERENNE: Dos interpretaciones del Pentecostés: El Pentecostés auténtico y el Pentecostés judaico (págs. 256 a 258); **Última aparición y ascensión a los cielos,** por Andrés Fernández, S. I. (pág. 259); **Canciones que hace el alma en la íntima unión de Dios,** San Juan de la Cruz (págs. 260 y 261).

A LA LUZ DEL VATICANO: Irlanda y el problema del Ulster, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 262 y 263).

DE ACTUALIDAD: El mayor pecado del hombre es el olvido de Dios.—La humanidad se encuentra en una encrucijada decisiva.—Persecución contra la enseñanza religiosa en los Estados Unidos, por J. O. C. (pág. 264).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^o Serra Goday.



●
En la proximidad del Año Santo
interesa a todos el folleto

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Publicaciones «Cristiandad»

Pedido en esta Administración

Precio: 10 pesetas
●

LECTOR:

Varios padres misioneros
españoles, que en lejanas
tierras de la India han
conocido nuestra Revista,
son grandes entusiastas
de CRISTIANDAD

¿Quieres costear su suscripción?

Telefona al n.º 22446 y se te
dará el nombre de tu favorecido

Catolicismo o Barbarie

POR
JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

Prólogo de D. Fernando Serrano
Director de CRISTIANDAD

- Un libro excepcional.
- Un estudio conciso pero profundo de los males de nuestra sociedad.
- Un planteamiento vigoroso del problema político-social de nuestra época.
- Una apelación a la esperanza fundada en sólidos motivos de orden sobrenatural.

Solicítelo hoy mismo a la

Administración de CRISTIANDAD
Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Teléfono 22446
o encárguelo a su librero

Catolicismo o Barbarie

POR JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

Precio del ejemplar: 35 ptas.



No atribuyáis a vano antojo esto de traer la religión en todas las cuestiones políticas: no soy yo el que la traigo; es ella la que viene: no me acuséis a mí; acusad más bien a la naturaleza de las cosas. ¿Soy yo por ventura la causa de que toda cuestión política se resuelva, en último resultado, en este último dilema: la Religión o las revoluciones; el catolicismo o la muerte?

Donoso Cortés

CRISTIANDAD

NÚMERO 125 - AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Platación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22948

BARCELONA

1 de Junio de 1949

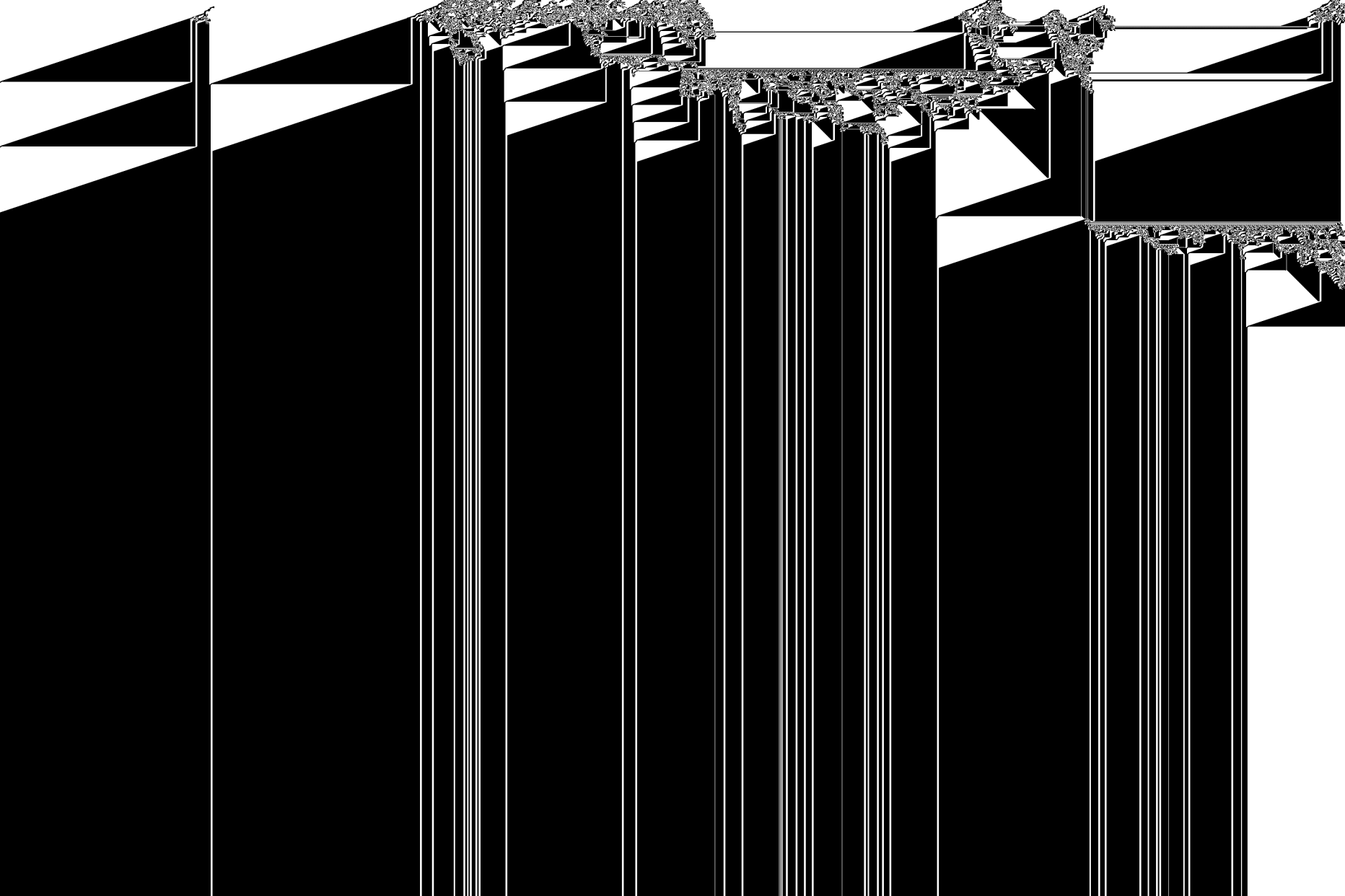
Grez, 1, 1.º - Teléf. 225875

MADRID

En el Aniversario de la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús

Glosa a la intención del mes de junio del Apostolado de la Oración

Durante dos siglos, desde los tiempos de Santa Margarita María de Alacoque, estuvo preparando la Providencia la solemne consagración del género humano al Sagrado Corazón, hecha el 11 de junio de 1899. El Papa Clemente XIII aprobó el año 1765 el oficio y la Misa en honor del Sagrado Corazón de Jesús, en 1875 Pío IX extendió la fiesta a toda la Iglesia, e invitó a los fieles a la consagración pública al Divino Corazón, en lo cual tuvo mucha intervención el P. Ramière. Finalmente, apartados todos los obstáculos que se oponían a la propagación del culto al Divino Corazón, al aparecer el nuevo siglo, anunciado ya el Jubileo, quiso León XIII consagrar todo el género humano al Sagrado Corazón.



también en la Encíclica «*Miserentissimus Redemptor*»: «En los primeros tiempos de la Iglesia, cuando era oprimida por el yugo de los Césares, la cruz, vista en el aire por un joven Emperador, fué auspicio y causa de la victoria que en seguida se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos un signo felicísimo y divinísimo: el Sagrado Corazón de Jesús, con la Cruz superpuesta, brillando entre llamas de espléndido candor. En él hay que colocar todas las esperanzas, a él hay que pedir y de él hay que esperar la salvación».

Como epílogo de esta Encíclica, se debe considerar la Carta del Cardenal Mazella, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, que en nombre del Sumo Pontífice, fué enviada a todos los obispos el 21 de julio de 1899. Habla en primer lugar el Cardenal de la Consagración felizmente llevada a cabo, después, en nombre de León XIII, exhorta vehementemente a los Prelados a que sustenten y amplíen el culto al Sagrado Corazón, recomendándoles: la devoción del mes de Junio dedicado al Sagrado Corazón la celebración del Primer Viernes de mes, y las asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús.

Al conmemorar el quincuagésimo aniversario de la solemne consagración al Sagrado Corazón, debemos fijar nuestra atención en el admirable progreso que ha alcanzado en este período de tiempo la devoción al Corazón divino. Por ejemplo, la triunfal evolución de la consagración de las familias, de las naciones, y de otras entidades morales al Sagrado Corazón, y la reparación a este Corazón tan maltratado.

A esta consagración pública al Corazón Santísimo del Redentor comenzada en el faustísimo año 1899, puso el colmo y coronó Pío XI al instituir por la Encíclica «*Quas Primas*» la Fiesta de Cristo Rey en todo el mundo. Decretó al mismo tiempo el Sumo Pontífice que cada año en esta misma fiesta de Cristo Rey se renueve en todas partes esta misma consagración. Además quiso dedicar la fiesta del Sagrado Corazón, sobre todo a la expiación y reparación, mientras que la fiesta de Cristo Rey es la fiesta de la solemne y universal consagración a este mismo divino Corazón.

Débase, pues, celebrar el aniversario de la Encíclica «*Annum Sacrum*» a la luz de las Encíclicas «*Quas primas*» y «*Miserentissimus Redemptor*».

NOTA: Recomendamos encarecidamente el libro publicado por CRISTIANDAD, de Barcelona «*Hacia el cuarto año jubilar*» o bien en la versión francesa «*Vers la quatrième année jubilaire*» donde, especialmente en el proemio, págs. 13-57, se halla explicada de modo inmejorable la idea del 50 aniversario de la Encíclica «*Annum Sacrum*».

(Traducción del original latino de la Dirección General. Roma.)



RAZON DE ESTE NUMERO

«El Corazón de Jesús es realmente para todos los hombres la fuente de la gracia. En efecto, la gracia no es otra cosa que la vida sobrenatural producida en las almas por su unión con el Espíritu Santo. Como el alma no permanece unida a los miembros del cuerpo sino en cuanto los miembros mismos permanece unidos al corazón, así el Espíritu de Dios no permanece unido al cristiano sino en cuanto el cristiano permanece unido al Corazón de Jesús.»

El P. Ramière de quien son las palabras citadas insiste constantemente en sus obras en la fusión íntima entre las devociones al Espíritu Santo y al Corazón de Jesús. CRISTIANDAD en ocasión de la fiesta de Pentecostés ha querido dedicar este número a tratar algunos aspectos de la doctrina acerca del Espíritu Santo como alma de la vida cristiana.

EDITORIAL: **En el aniversario de la Consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.** Glosa a la Intención del mes de junio del Apostolado de la Oración (págs. 241 y 242).

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR: **Actualidad histórica de la idea de la Realeza de Cristo** (págs. 243 a 245).

PLURA UT UNUM: **El Espíritu Santo, alma de la Sociedad**, por el P. Francisco de P. Solá, S. I. (págs. 246 a 248); **Fuente de agua viva**, por Isidro Gomá Cívít, Pbro. (págs. 249 a 251); **Acción del Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento**, por Pablo Termes Ros, Pbro. (págs. 252 a 255).

DEL TESORO PERENNE: **Dos interpretaciones del Pentecostés**: El Pentecostés auténtico y el Pentecostés judaico (págs. 256 a 258); **Última aparición y ascensión a los Cielos**, por Andrés Fernández, S. I. (pág. 259); **Canções que hace el alma en la íntima unión de Dios**, San Juan de la Cruz (págs. 260 y 261).

A LA LUZ DEL VATICANO: **Irlanda y el problema del Ulster**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 262 y 263).

DE ACTUALIDAD: **El mayor pecado del hombre es el olvido de Dios.—La humanidad se encuentra en una encrucijada decisiva.—Persecución contra la enseñanza religiosa en los Estados Unidos.** por J. O. C. (pág. 264).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Actualidad histórica de la idea de la Realeza de Cristo

Cuando la Providencia permite un mal, suele preparar ya al mismo tiempo el remedio. Cuando el jansenismo, «la peor de todas las herejías, como enemiga que era de todo amor y filial sentimiento hacia Dios» (1), penetraba profundamente en Francia y estaba a punto de escalar el trono de Inglaterra en la persona de Guillermo III de Orange, «el benignísimo Jesús mostró a la faz de todas las naciones su Sacratísimo Corazón como prenuncio de una victoria indudable en la lucha» que se avecinaba (2).

Porque, en efecto, dos corrientes poderosísimas acababan de tener nacimiento, a las que contrario espíritu empujaba: de una parte, la que iba a marcar con caracteres inconfundibles nuestra «civilización occidental»; de otra, la que concentraría en sí «la suma de toda la Religión católica, y la norma de una vida perfecta, como el mejor medio que es para conducir fácilmente a los hombres a un conocimiento profundo de Jesucristo» (3).

De la primera de ellas se han seguido para el Mundo grandes males: una deformación del recto concepto de la autoridad y por consiguiente de la libertad y de la justicia, la desenfrenada pasión del dinero; la preterición de la caridad como vínculo religioso y social. De la segunda se han seguido para el Mundo «grandes bienes» de los cuales «ninguna época como la nuestra ha estado tan necesitada» (4).

Se comprende pues que, no simplemente por razones teológicas; sino **POR LA CONSIDERACION DEL PROCESO HISTORICO DE NUESTRA SOCIEDAD, Su Santidad Pío XII felizmente reinante, saludó «la Consagración universal a Cristo Rey como mensaje celeste contra la concepción del Mundo moderno» (5) y alabó en esta ocasión a León XIII como «profundo conocedor de las necesidades manifiestas y ocultas de su tiempo» (6).**

Y exclama, en un párrafo de brillante oratoria.

«¿Cabe cosa más noble que desplegar al viento las BANDERAS DEL REY ante los que siguieron y siguen banderas falaces?» (7).

En un Mundo situado frente a la espantosa amenaza comunista y que todavía no se da cuenta de que el desenlace que se avecina es fruto natural de los postulados que él mismo ha aceptado, **EL SUMO PONTÍFICE SE SIENTE CON EL «DIVINO MANDATO» (8) DE PROPONER A LOS HOMBRES UN IDEAL; que será, no algo formulario y pasivo, sino algo por lo que deberán luchar y morir: EL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO, en el que toda justicia y amor serán restaurados.**—J. B.

(1) Pío XI. Encl. «Miserentissimus». (2) y (3) Ibid. (4), (5), (6) y (7) Pío XII. Encl. «Summi Pontificatus». (8) Pío XI. Encl. «Ubi Arcano Deo».

Histoire d'une Consécration Pontificale

La proximidad del Año Santo de 1950, en el que recurre el «CINCUENTENARIO DE LA CONSAGRACION DEL GENERO HUMANO AL SAGRADO CORAZON», ha concentrado la atención de los mejores escritores católicos de todo el Mundo sobre este tema, al que el «Apostolado de la Oración» —proponiéndolo como «Intención general» del mes de Junio, ha venido a dar una nueva, profunda actualidad.

Como ejemplo, reproducimos un artículo del Rvdo. P. Ch. Parrá, S. J. el ilustre biógrafo del P. Ramière, Ex-director nacional del Apostolado en Francia y actual Director del «Messenger du Sacré Cœur». Su autor ha tenido para con CRISTIANDAD, la delicadeza de mandarnos este vigoroso trabajo para su publicación simultánea en nuestra Revista y en el «Messenger»; nuestros lectores se lo agradecerán profundamente.

L'Eglise est prudente. La lenteur romaine est proverbiale. Les révélations du Sacré Cœur à Marguerite-Marie datent du dernier tiers du dix-septième siècle, c'est seulement en 1856, cent quatre-vingt-un ans après les apparitions, que le Pape Pie IX institua pour l'Eglise universelle la fête du Sacré Cœur.

Il fallut moins longtemps à ceux qui avaient la pensée pour faire aboutir leur projet d'une Consécration au Sacré Cœur de l'univers entier. Pourtant, il y a grand intérêt à suivre les faits, les démarches, les discussions dont les grandes décisions de 1875, 1899 et 1925 furent la conclusion et dont cette année ramène le cinquantième anniversaire.

La Consécration de 1875

On peut bien dire qu'elle fut l'œuvre du P. Ramière. En mai 1870, il se trouvait à Rome, au Concile du Vatican, en qualité de théologien de l'Evêque de Beauvais. L'occasion lui parut providentielle de provoquer parmi les Pères ce qu'il appelait «un plébiscite de l'Eglise universelle, affirmant solennellement la Royauté du Cœur de Jésus». Il rédigea donc une Supplique au Pape, dont la conclusion était ainsi libellée:

«Très-Saint-Père, les soussignés, évêques, prêtres et fidèles prosternés aux pieds de Votre Sainteté, la supplient de vouloir bien élever au rite le plus solennel de la Liturgie ecclésiastique la fête du Cœur de Jésus et de consacrer solennellement l'Eglise entière à ce divin Cœur le jour même de sa fête avec le concours de tous les Pères du Concile œcuménique.»

Le Cardinal-Vicaire, S. E. Mgr. Patrizzi, signa la premier la Supplique; deux cent soixante-onze Pères du Concile l'avaient suivi, quand l'Assemblée fut brusquement dispersée par la guerre franco-allemande.

On aura remarqué la date. Commencée en 1870, l'instance du P. Ramière n'aboutit que cinq ans après. Il y eut toute sa conviction, toute son autorité, toute sa fatigue aussi. Pie IX, qui avait de l'esprit et ne détestait pas lancer une malice, lui fit payer sa victoire à l'heure même où il lui cédait.

Il l'aimait, l'estimait beaucoup. Voici, telle qu'il la racontait lui-même, la dernière audience du Pape, celle du oui pontifical.

—Mais, enfin, que voulez-vous?—demande Pie IX.

Le Père expose, pour la dixième fois, son projet.

—Mais voyons—objecte le Pape—, est-ce que je ne suis pas consacré déjà? Faut-il me consacrer de nouveau? Et l'Eglise entière n'est-elle pas consacrée, elle aussi, au Sacré Cœur?

Le P. Ramière bouillonnait intérieurement. Il éclate à la fin et déclare:

—Saint-Père, l'Eglise est, en ce moment, durement ballottée; la tempête ne s'apaisera pas de longtemps si la Consécration au Sacré Cœur n'a pas lieu.

Alors Pie IX, à la fois bonhomme et grondeur:

—Comment, Père Ramière, vous faites la leçon au Pape? Vous méritez une pénitence!

—Tout ce que vous voudrez, Saint-Père, la discipline tous les jours!

—Où déjeunez-vous aujourd'hui?

—Chez Mgr. X., Saint-Père.

—C'est bien! Avant le repas, vous vous mettez à genoux et vous ferez votre accusation. Allons, donnez-moi vos papiers, je ferai ce que vous me demandez!

Et il en fut ainsi.

Mais Pie IX ajouta:

—Je le ferai, mais à ma manière!

La Consécration de 1899

Ce que le P. Ramière avait demandé n'était accordé que partiellement. «Consécration de Rome et du monde au Cœur de Jésus», voilà comment il formulait l'intention générale de juin de 1874. Pie IX accordait —et c'était beaucoup— que tous les fidèles, à la même date, le 16 juin, étaient conviés à se consacrer au Sacré Cœur en union avec leurs évêques et aussi, le décret de la Congrégation des Rites le disait formellement, en union avec le Pape. Le Pape, les Evêques, les fidèles, c'était bien l'Eglise qui réellement se consacrait au Sacré Cœur. Mais sans cette splendeur que revêtit en 1942, le 8 décembre, la Consécration du monde au Cœur Immaculé de Marie, le Pape

HACIA EL CUARTO AÑO JUBILAR

Pie XII, venant dans la basilique de Saint-Pierre, lira lui-même la formule.

Souvenons-nous que 1875 était proche des événements sacrilèges qui avaient emprisonné le Pape au Vatican. L'Eglise portait sévèrement le deuil de cet attentat.

Mais ce n'était pas le plus grave. Seule l'Eglise et les fidèles étaient consacrés au Cœur de Jésus. Or, la Supplique adressée à Pie IX parlait de la Consécration du monde.

C'était tout autre chose. On devine les problèmes que soulevait un acte de cette importance. Il était l'affirmation solennelle de la Royauté sociale universelle du Christ. Il engageait, en quelque manière, des millions d'êtres, hérétiques, schismatiques, païens, incroyants, athées même qui ne sont pas les sujets de l'Eglise. Pouvait-elle, et de quel droit, les consacrer au Christ, sans les consulter, et même contre leur volonté?

A son habitude, l'Eglise laisse passer le temps qui mûrit les idées autant que les moissons.

Nous sommes en 1899. Le dix-neuvième siècle meurt. Léon XIII est Pape. Il étonne le monde par sa verte longévité. Il est théologien, diplomate; il est le Pape des ouvriers et par son Encyclique *Rerum novarum*, il a audacieusement ouvert aux catholiques la voie vers une organisation du travail juste, équitable, chrétienne.

Or, en avril 1899, recevant l'Evêque de Liège, Léon XIII, au cours de l'audience, se leva et, raconte Mgr. Doutré, «il m'annonça sur un ton solennel et ému, qu'il allait publier bientôt une Encyclique pour prescrire la Consécration au Sacré Cœur de Jésus du monde entier, même des nations non-catholiques, même de celles que le flambeau de la foi n'illumine pas encore... Et, au cours de la conversation, il en arriva à prononcer ces mots: «Je vais faire le plus grand acte de mon Pontificat».

Le grand diplomate, le subtil politicien, l'audacieux sociologue, en ce moment, ne songe à rien de ce qui fait l'illustration de son Pontificat. Il va prescrire aux évêques de la catholicité de lire un acte après tant d'autres, comme il le lira lui-même. Et dans l'intimité d'une conversation avec un évêque, parlant à cœur ouvert, il déclare que cette humble chose est «le plus grand acte de son Pontificat». Nous voilà en plein divin.

Comment s'était accomplie l'évolution qui, de Pie IX à Léon XIII, conduisait à son terme la Supplique de 1875: Consécration du monde au Sacré Cœur?

Il y eut, ici aussi, une intervention qui, indirectement, joua un rôle important dans la décision pontificale. Il ne faut pas craindre dans l'Eglise, qui est divine mais terrestre, de mon-

trer dans le jeu de son gouvernement, les influences qui s'exercent. Toutes. Non pas seulement celles des docteurs et des évêques, celles aussi d'humbles fidèles dont l'Esprit qui dirige l'Eglise se sert très souvent.

La dévotion au Sacré Cœur s'établit sur le plan théologique, indépendamment des révélations de Paray-le-Monial. Mais la dévotion serait-elle ce qu'elle est aujourd'hui, existerait-elle dans le monde entier sans Marguerite-Marie, c'est-à-dire sans une action certaine de Notre-Seigneur sur l'Eglise par une femme de rien?

Une religieuse, fille de saint Jean Eudes, intervint aussi auprès de Léon XIII. Elle était Autrichienne d'origine et patricienne. A Oporto, en Portugal, elle était Supérieure du monastère du Bon-Pasteur. Par deux fois, elle écrivit au Pape. Dans sa seconde lettre, elle disait au Saint-Père, qui à quatre-vingt-deux ans relevait d'une grave maladie, que Dieu avait prolongé ses jours pour lui accorder la grâce de faire la Consécration de l'univers au Sacré Cœur.

En précisant, du reste, qu'il s'agissait bien du genre humain tout entier. «Il veut que Votre Sainteté lui offre les cœurs de ceux qui, par le saint baptême, lui appartiennent... et les cœurs de ceux qui n'ont pas encore reçu la vie spirituelle..., mais pour lesquels il a donné sa vie et son sang».

Léon XIII ne cacha pas son émotion à la lecture de ce message. Mais il ne prit aucune décision. Il manda près de lui un éminent théologien, le cardinal Mazella, et le pria d'étudier du seul point de vue théologique la question posée par la lettre de la religieuse. «Monsieur le Cardinal, prenez cette lettre et déposez-la dans les archives; elle ne doit compter pour rien en ce moment.»

C'est le 2 avril que la décision fut prise et, le 25 mai, paraissait l'Encyclique *Annum sacram*.

Léon XIII rappelait les instances faites auprès de son prédécesseur pour obtenir la Consécration du genre humain au Sacré Cœur, et aussi la réserve gardée par lui à ce sujet. «On jugea bon de différer afin que la décision fût mûrie davantage.» «Aujourd'hui, ajoutait-il, de nouvelles raisons étant survenues, Nous pensons que l'heure est venue de réaliser ce dessein.»

Le Pape établissait ensuite dogmatiquement l'universelle Royauté du Christ sur les âmes et sur les peuples, en insistant davantage sur les droits du Christ sur les infidèles au double titre de Créateur et de Rédempteur.

Il disait les espoirs qu'il fondait sur une Consécration du monde au Sacré Cœur faite officiellement et dans toute l'Eglise. Il évoquait en finissant l'apparition de la Croix à l'empereur

Constantin et comparait pour notre vieux monde le *labarum* victorieux au Cœur de Notre-Seigneur. «En lui, concluait-il, nous devons placer toutes nos espérances.»

Un triduum solennel était ordonné par l'Eglise universelle au terme duquel, le 11 juin, serait lue la formule de Consécration qu'il avait voulu rédiger lui-même et qui était la proclamation de la Royauté d'amour du Christ sur le monde.

1925, fête du Christ-Roi

De nouveau vingt-cinq ans ont passé. Pie XI est Pape. Un immense pétitionnement avait été organisé pour obtenir l'institution d'une fête de la Royauté du Christ. L'Apostolat de la Prière y avait pris une part très large, de premier rang. Le Pape choisit la clôture de l'année jubilaire pour rendre publique et efficace sa décision.

«En vertu de notre autorité apostolique, nous instituons la fête de Notre-Seigneur Jésus-Christ Roi. Nous ordonnons qu'elle soit célébrée dans le monde entier, le dernier dimanche d'octobre...»

«Nous prescrivons également que, chaque année, on renouvelle la Consécration du genre humain au Sacré Cœur.»

Comme Léon XIII, Pie XI dans l'Encyclique *Quas primas* établissait, et de façon plus riche encore, les titres du Christ à la Royauté universelle des âmes et du monde; il précisait le sens de cette domination. Surtout il précisait l'opportunité d'une pareille décision:

Or, si Nous ordonnons au catholicisme entier de vénérer le Christ-Roi, Nous pourrions par le fait même aux besoins des temps actuels et Nous opposerons un remède souverain contre la peste qui infecte la société humaine. Ce que Nous appelons la peste de notre temps, c'est le laïcisme, ses erreurs et ses tentatives impies... Ce fléau, Vénérables Frères, vous savez qu'il n'a pas mûri en un jour; depuis longtemps, il couvait au plus profond des sociétés. On commença par nier le pouvoir du Christ sur toutes les nations; on dénia à l'Eglise un droit dérivé du droit du Christ lui-même, celui d'enseigner le genre humain, de porter des lois, de diriger les peuples et de les conduire à la béatitude éternelle. Alors la religion du Christ fut peu à peu traitée d'égale avec les faux cultes et placée avec une choquante inconvenance sur le même niveau; puis elle fut soumise au pouvoir civil et presque livrée à l'arbitraire des princes et des magistrats; certains allèrent jusqu'à prôner la substitution d'une religion naturelle, d'un sentiment naturel à la religion divine. Il ne manqua pas de nations qui estimèrent pouvoir se passer de Dieu et mirent leur religion dans l'impiété et l'oubli de Dieu. Les fruits amers que produisit si souvent et si longtemps une semblable séparation des individus et des peuples d'avec le Christ, Nous les avons déplorés dans l'Encyclique *Ubi arcano* et les déplorons aujourd'hui de nouveau; les germes de discorde semés partout, les jalousies et les

rivalités entre peuples qui retardent encore la réconciliation, le déchainement des convoitises, qui, bien souvent, se cachent sous les apparences du bien public et du patriotisme, et toutes leurs conséquences: dissensions intestines, égoïsme aveugle et démesuré qui, ne considérant rien, sinon les avantages et les profits particuliers, soumet absolument tout à cette mesure; la paix des familles détruite à fond par l'oubli et la négation du devoir; l'unité et la stabilité de la famille battue en brèche; toute la société, enfin, ébranlée et menée à la ruine.

Celle-ci se hâtera de revenir au Sauveur très aimant. La solennité du Christ-Roi, qui se célébrera désormais chaque année, Nous en donne le meilleur espoir. Il appartiendrait aux catholiques de préparer et de hâter par leur action ce retour, mais un bien grand nombre d'entre eux ne semblent pas tenir dans la vie sociale leur place normale ni posséder l'autorité qui convient à ceux qui portent le flambeau de la vérité.

Il faut peut-être attribuer ce désavantage à la lenteur et à la timidité des bons qui s'abstiennent de résister ou résistent avec mollesse; par suite, les adversaires de l'Eglise en retirent nécessairement un surcroît de témérité et d'audace. Au contraire, que les fidèles comprennent tous qu'il leur faut lutter avec courage et toujours, sous les drapeaux du Christ-Roi, que le feu de l'apostolat les embrase, qu'ils travaillent à réconcilier avec leur Seigneur les âmes éloignées de lui ou ignorantes et qu'ils s'efforcent de sauvegarder ses droits.

Est-ce qu'en outre la célébration universelle et annuelle de la fête du Christ-Roi ne semble pas avoir un effet souverain pour condamner et pour réparer en un sens la défection que le laïcisme a causée, entraînant de si pénibles malheurs pour la société? En effet, plus les réunions internationales et les Assemblées nationales accablent d'un indigne silence le nom très doux de notre Rédempteur, plus il faut l'acclamer et faire connaître les droits de la dignité et de la puissance royale du Christ.

Du reste, Pie XI rattachait très intimement sa dévotion à la dévotion au Sacré Cœur. Il ne faisait, disait-il, que continuer Léon XIII et, pour en donner la preuve tangible, il ordonnait que fût renouvelée, en la fête du Christ-Roi, la Consécration du genre humain au Sacré Cœur selon la formule de 1899. Pie XI y ajoute seulement une phrase nouvelle où il nommait, à côté des hérétiques et des infidèles, la nation juive.

Trois ans plus tard, le 8 mai 1928, il publiait l'Encyclique *Miserentissimus*, tout entière consacrée à l'exposé de la doctrine et de la pratique de la dévotion au Sacré Cœur. De nouveau, il rappelait la Consécration du genre humain au Sacré Cœur par son prédécesseur le Pape Léon XIII et il concluait:

C'était là des débuts heureux et consolants. Comme nous l'avons dit dans l'Encyclique *Quas primas*, accédant aux souhaits nombreux et répétés des évêques et des fidèles, nous y avons Nous-même, grâce à Dieu, apporté le complément, Nous avons achevé l'œuvre, lorsque, à la fin de l'Année Sainte, Nous avons institué la fête du Christ-Roi à célébrer solennellement dans tout l'univers chrétien. Ce faisant, nous n'avons pas seulement, mis en lumière l'empire que le Christ possède sur toute chose, sur l'Etat, la famille, l'individu; nous avons aussi anticipé la joie de ce jour tant souhaité, où l'univers viendra lui-même, de son plein gré, se soumettre à la très douce souveraineté du Christ-Roi. Pour cette raison, nous avons ordonné dès lors que chaque année, à l'occasion du jour fixé pour cette fête, cette Consécration fût renouvelée, afin que les fruits en soient recueillis avec plus de certitude et d'abondance et afin que, dans le Cœur du Roi des rois et du Seigneur des seigneurs, tous les peuples s'unissent entre eux par les liens de la charité et d'un accord pacifique.

1949-1950

Vingt-cinq ans après Pie XI, le Pape Pie XII, lui aussi, tient à souligner le jubilé de la Consécration du genre humain au Sacré Cœur, puisqu'il en a fait le sujet de l'intention générale de ce mois de juin.

Et ceci, pour le Saint-Père, n'est pas seulement affaire de date ou d'anniversaire. Il attache à l'acte même de la Consécration au Sacré Cœur une importance majeure. Dès sa première Encyclique *Summi pontificatus*, il disait: «Les mystérieux desseins du Seigneur Nous ont confié, sans aucun mérite de notre part, la très haute dignité et les très graves sollicitudes du Souverain Pontificat précisément dans l'année qui ramène le quarantième anniversaire de la Consécration du genre humain au Cœur Sacré du Rédempteur.»

Sur un ton rare dans une Encyclique, il s'abandonnait à faire au monde confiance de ses émotions personnelles, lorsque, quarante ans plus tôt, il avait été ordonné prêtre, l'année même de l'Encyclique *Annum sacrum*:

Avec quelle joie, avec quelle émotion et quel intime asquiescement Nous accueillîmes alors comme un message céleste l'Encyclique *Annum sacrum*, au moment même où, jeune lévite, Nous venions de pouvoir réciter l'*Introïbo ad altare Dei!* Et avec quel ardent enthousiasme Nous unîmes Notre cœur aux pensées et aux intentions qui animaient et guidaient cet acte vraiment providentiel d'un Pontife qui, avec tant de profonde pénétration, connaissait les besoins et les plaies, visibles et cachées, de son temps! Comment pourrions-Nous donc ne pas sentir aujourd'hui une profonde reconnaissance envers la Providence, qui a

voulu faire coïncider Notre première année de Pontificat avec un souvenir aussi important et aussi cher de notre première année de sacerdoce; et comment pourrions-Nous ne pas saisir avec joie cette occasion pour faire du culte au *Roi des rois et Seigneur des seigneurs*, comme la prière d'Introït de notre Pontificat, dans l'esprit de Notre inoubliable prédécesseur et en fidèle réalisation de ses intentions? Comment n'en ferions-Nous pas l'*alpha* et l'*oméga* de Notre volonté et de Notre espérance, de Notre enseignement et de Notre activité, de Notre patience et de Nos souffrances, toutes consacrées à la diffusion du Règne du Christ?

Par le Cœur Immaculé de Marie

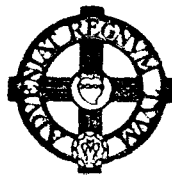
Cette continuité parfaite entre Léon XIII, Pie XI et Pie XII, n'est pas rompue par l'acte accompli par notre Saint-Père, lorsque, en 1942, par radio d'abord, en union avec les évêques du Portugal assemblés à Fátima à l'occasion du vingt-cinquième anniversaire des apparitions, il consacra le genre humain au Cœur Immaculé de Marie. Il voulut donner à cet acte plus de portée encore en venant lui-même, le 8 décembre de cette année, dans la basilique de Saint-Pierre, refaire cette Consécration et demander à tous les évêques de la chrétienté de la refaire après lui dans leurs diocèses.

C'était la manifestation de la vie interne de l'Eglise. Comme à l'Incarnation et au Calvaire, la place de Marie est à côté du Verbe Incarné et du Rédempteur, marquée par Dieu même: elle est, par disposition divine, à son humble place de créature, mais dans son rôle de médiatrice de toute grâce, celle qui nous conduit au Christ, *ad Deum per Mariam*.

Et Pie XII disait ceci avec toute sa filiale ferveur envers Notre-Dame:

De même que c'est au Cœur de ton Jésus que furent consacrés l'Eglise et tout le genre humain, afin qu'après avoir placé en Lui toute leur confiance, il fut pour eux le signe et le gage de la victoire et du salut, de même nous nous consacrons perpétuellement à Toi, à ton Cœur Immaculé, ô Notre Mère Reine du monde! afin que ton amour et ton patronnage viennent hâter le triomphe du Royaume de Dieu, afin que tous les peuples ayant fait la paix entre eux et avec Dieu, t'acclament Bienheureuse et que, d'un bout à l'autre de la terre, ils entonnent avec Toi l'éternel *Magnificat* de gloire, d'amour et de reconnaissance pour le Cœur de Jésus, seul refuge où ils pourront trouver la vérité, la vie et la paix.

Nous tenons à la disposition de nos lecteurs, moyennant le prix d'envoi (30 frs.), des exemplaires de la brochure «Vers la quatrième année jubilaire». On y retrouvera les documents qui ont servi à rédiger l'article précédent.



El Espíritu Santo, alma de la Sociedad

En el número 113 de CRISTIANIDAD expusimos el concepto católico de Paz, que en expresión genial de San Agustín, consiste en la *tranquilidad del orden*, o sea en la armonía y equilibrio general que resulta del hecho de que los diferentes elementos de un determinado compuesto ocupen el lugar que les corresponde. Aplicado este concepto de paz a la sociedad en general, afirmábamos con el Santo Doctor que no podría haber paz en el mundo mientras todos los miembros de la sociedad humana no se situasen en su correspondiente posición. Pero advertíamos que no se puede prescindir del elemento sobrenatural con que el hombre está relacionado con Dios por voluntad divina. Entre Dios y la humanidad existe un vínculo muy estrecho de dependencia por parte del hombre; que no puede existir sin que la omnipotencia divina le conceda y conserve el ser. Existe, además, otra dependencia que proviene de la bondad divina: el fin sobrenatural a que está elevada la naturaleza humana. Y advertimos bien, que como Dios creó al hombre *sociable* y *social*, así, en sociedad, no sólo individualmente, lo elevó al orden divino por participación, al orden sobrenatural, al orden de la gracia. De no ser así no tendría sentido el dogma del pecado original, ni el de la Redención colectiva, ni la consoladora doctrina del *Cuerpo Místico*. Examinemos, pues, un aspecto interesantísimo y vital de la sociedad, con el fin de descubrir a la luz potente y clara del dogma católico una de las directrices por que han de regirse los hombres individual y colectivamente considerados si quieren llegar a aquella armonía y tranquilidad de orden que es la Paz.

Qué es un individuo humano

A nadie se le ocurrirá decir que el individuo humano es un conglomerado de células vivientes. Y si alguien lo dijera —no han faltado ni faltan insensatos que así lo afirman, más por petulancia y conveniencia que por sincera convicción— le aconsejaríamos que estudiara el ABC de la Filosofía, sin la cual no podrá dar un paso en tan fundamental problema. Pensemos concretamente en la persona humana. Un hombre es un ser viviente en el cual necesariamente hay que encontrar algo particular que no se halla en los demás seres. Una planta, por ejemplo, un animal irracional de cualquier especie, son seres vivientes, sin sensibilidad la planta, sensible el animal. Pero en uno y otro ser hay un principio coordinador de actividades, por así decirlo; cada una de las células tiene vida, pero ella de por sí dejada, como quien dice, a su propio impulso, no conspiraría a una finalidad general, sino que sería un verdadero individuo independiente. El elemento organizador, que ni puede ver el ojo humano, ni el más potente electromicroscopio alcanza a descubrir, es el llamado *principio vital*. En virtud de él las células primordiales se desarrollan con un plan orgánico determinando los diversos tejidos, las fibras en las plantas, los músculos y los huesos y los demás órganos en los animales, dando por resultado un ser que goza de perfecta unidad, no accidental sino sustancial: es un individuo. Quitada el principio vital, y al instante se desintegra aquella unidad, se *desorganiza* el individuo, y poco después te-

néis un informe montón de podredumbre, y luego... un puñado de ceniza. Lo que en las plantas produce la organización vegetativa, y en los animales la vegetativa y sensitiva, es en el hombre *el alma*, la cual le da, además, el ser intelectual, la vida intelectual.

En consecuencia lógica se tiene que afirmar que lo principal del hombre es esta alma intelectual que le da la unidad, la razonabilidad, el ser en el orden natural. SIN EL ALMA DESAPARECE EL PRINCIPIO DE UNIDAD HUMANA. No olvidemos esta conclusión.

Qué es la sociedad

En sana Etica suele definirse la sociedad: «*La unión de seres inteligentes que con sus actos conspiran a un fin común.*» Tenemos, pues, como requisito y elemento esencial de toda sociedad la *unión*. La sociedad es también unidad, persona; pero de orden moral. Consta de diversidad de individuos que constituyen sus *miembros*, y todo el conjunto forma la unidad de la colectividad, *el cuerpo social*.

Como las células del cuerpo, para que tuvieran conexión y constituyeran *unidad* o individuo, era necesario que fueran regidas por un principio coordinador, que era el principio vital, el alma; así también la sociedad, que es unidad, necesitará esencialmente de este principio coordinador, de esta alma.

El alma de la sociedad

Avancemos un paso más y concretémonos ya definitivamente a la sociedad humana. Por institución divina el hombre es social, y no vamos aquí a detenernos a probarlo; sólo queremos indicar que al decir *por institución divina*, pretendemos significar la dependencia que tiene la ley natural de la ley divina. Si versamos en determinado orden de naturaleza es porque así lo ha dispuesto Dios; de esta manera, todo lo que es de ley natural es de institución divina.

Pues bien, en la *sociedad* natural se comienza por la familia. Entre padres e hijos existe un doble vínculo que estrecha fuertemente a aquellos individuos y les obliga naturalmente a conspirar por un bien común. Cada uno de por sí goza de libertad natural y de individuación particular, pero también tiene su existencia vinculada con la existencia de sus naturales compañeros. Los padres, que por un acto de su libertad han puesto en el mundo a un ser, sin pedirle consentimiento alguno, que no puede vivir sin ellos, están obligados a atenderle y a cuidar de su existencia *total* y de su *desarrollo igualmente total*. Los hijos, que deben su ser y perfeccionamiento a los sacrificios de sus padres, están asimismo obligados al reconocimiento, acatamiento, veneración, amor. Entre padres e hijos se establece una coordinación de deberes y derechos mutuos que les unen moralmente, constituyéndoles en la verdadera sociedad natural.

Estas relaciones de padres e hijos (y lo mismo se diría de hermanos entre sí) ha radicado en un principio de unidad físico. Como suele decirse, con toda propiedad, padres, hijos y hermanos son *consanguíneos*, es decir, tienen una

misma sangre y una misma carne. Un mismo principio generador ha determinado la formación de aquellos organismos. Los vínculos de carne y sangre unen fuertemente las familias. Y esta unión o sociedad natural es infrustrable, es decir, proviene del hecho mismo de la existencia individual de los miembros de la familia.

El alma de la sociedad en este orden natural viene constituida por los vínculos de carne y sangre y los de orden moral que de él resultan. A medida que se va alejando el parentesco, o lo que es lo mismo, a medida que se va esfumando el vínculo de la sangre, se van desvaneciendo las obligaciones mutuas, los vínculos morales de los extremos. Por esto se van formando las diferentes sociedades de razas, naciones, continentes. La sociedad humana se va convirtiendo en un conjunto de sociedades pequeñas, precisamente porque va perdiendo su alma natural (valga la frase) y solamente encuentra unión en los vínculos morales de leyes intersociales o internacionales, cuyo fundamento estriba en la mutua necesidad para su existencia.

La sociedad sobrenatural

En un orden natural bastarían las leyes humanas y los vínculos de carne y sangre para que los hombres formásemos una sociedad. Pero Dios, así como elevó al hombre a un orden sobrenatural, señalándole un fin más allá de lo que las fuerzas y exigencias naturales podrían hacerle aspirar; de la misma manera levantó la sociedad, que es de ley natural, a un fin sobrenatural, a un orden superior. La humanidad entera como tal está destinada a la participación de Dios, fin sobrenatural de nuestra sociedad. Podríamos, pues, definir la sociedad sobrenatural de esta manera: «*La unión de seres inteligentes que con sus actos conspiran a un fin sobrenatural.*»

En este orden de sociedad sobrenatural nos encontramos con que el Padre y principio de ella es Dios, y, por lo mismo, todos los hombres somos sus hijos, y nosotros todos hermanos. Constituimos un cuerpo, un organismo cuya cabeza es Dios, y cuyos miembros somos los hombres todos. ¡Oh, excelsa dignidad de la sociedad humana!

Esta excelentísima sociedad fué la que formó Dios en el paraíso, al crear a Adán y a Eva, imponiéndoles el precepto de crecer y multiplicarse, al mismo tiempo que les daba la maravillosa potencia generativa. Con aquel precepto, institutivo de la sociedad, se comprometía Dios con los hombres a concurrir con su poder creador a la obra reproductora, sacando El de la nada un alma humana cada vez que los hombres dispusieran la materia para la existencia de un nuevo individuo. Dios libremente había querido también de esta manera ligarse con la humanidad.

Y el vínculo que nos uniera con Dios no había de ser un vínculo meramente de orden moral; la bondad y sabiduría divina es inagotable en sus recursos e insondable en sus decisiones. Dios creó una entidad de orden espiritual, permanente, que se infunde en el alma, a manera de cualidad, con la cual el hombre es elevado al orden sobrenatural y participa en cierto modo de la naturaleza divina. Así se salva la distancia inmensa que media entre Dios, Ser espiritual purísimo e infinito, y el hombre, criatura imperfecta y limitada. *La gracia es el alma de la vida sobrenatural.*

El alma de la sociedad sobrenatural

La sociedad humana ha de tener, como hemos dicho, y tiene un alma, que es el vínculo que mantiene unidos a los diversos individuos que la componen. La sociedad elevada a un orden sobrenatural necesita también un

alma, de la misma suerte sobrenatural, que sea el vínculo de unión de los individuos. Esta alma es no sólo la gracia sino *el mismo Espíritu Santo.*

Queremos advertir que, para mejor precisión en los conceptos, nos referiremos en adelante a los fieles católicos que formamos la sociedad visible de la Iglesia, instituida por Jesucristo. No olvidemos que la elevación al orden sobrenatural, la infusión de la gracia y la inhabilitación del Espíritu Santo entra en la economía universal de las disposiciones de Dios sobre todos los hombres. Ningún alma que carezca de gracia puede obtener el fin sobrenatural a que ha sido llamada por Dios. Los que, por carecer de uso de razón, han sido incapaces de méritos, si no han sido regenerados con el bautismo, no podrán obtener la bienaventuranza sobrenatural; como carecerán de pecados personales, tampoco podrán ser castigados con el fuego eterno del infierno, pero obtendrán solamente la felicidad o bienestar del limbo.

Desgraciadamente se atiende poco a la influencia grande que el Espíritu Santo ejerce en la sociedad sobrenatural de los hombres, que es la Iglesia. Cierto es que todos los cristianos formamos un cuerpo, el Cuerpo Místico, cuya cabeza es Cristo; pero el alma de este Cuerpo Místico es el Espíritu Santo. Jesucristo, que fundó la Iglesia, cuando estaba para consumir ésta su obra, aseguró a los Apóstoles que les convenía que El [Cristo] se marchase a fin de que el Espíritu Santo descendiese sobre ellos. Tan necesaria era la intervención de este Espíritu divino, que sin El la Iglesia se ahogaría en su mismo nacimiento.

Por esto, al llegar el momento de la Ascensión de Jesucristo a los cielos, si bien El quiso perpetuar su presencia por medio del Sacramento de la Eucaristía, les encomendó a los Apóstoles que esperasen la venida del Espíritu Santo; éste les había de revestir de fortaleza; y lanzarse al apostolado antes de recibir el Espíritu Santo habría sido una temeridad, un fracaso. Pero tan pronto como el Espíritu de Cristo se posó sobre cada uno de los que constituían aquel pequeño colegio apostólico, se inflamaron los corazones de los apóstoles, se sintieron repletos de la fortaleza sobrenatural que se les acababa de infundir, y se lanzaron inmediatamente al apostolado.

Desde este instante junto a la doctrina de Jesucristo aparece la enseñanza acerca de Espíritu Santo: San Pedro reprochará a Ananías y Zafira el que hayan mentido al Espíritu Santo cuando intentaron engañar al Apóstol (Act., 5, 3); buscarán los Apóstoles, hombres llenos del Espíritu Santo, para elegirlos los primeros siete diáconos (Act., 6, 3); en sus decisiones alegarán que así «ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros» (Act., 15, 28); San Pablo, para distinguir en Efeso a los verdaderos discípulos de los que no lo eran, les pregunta por el Espíritu Santo (Act., 19, 2). Así la Iglesia iba creciendo a la sombra del divino Espíritu que daba a todos ser «cor unum et anima una» (Act., 4, 32); un solo corazón y una sola alma.

La sociedad moderna

La moderna sociedad anda como un ciego bajo los rayos del sol, pudiéndosele aplicar aquel verso de Maragall: «*orfra de llum sota d'un sol que crema*» («La vaca cega»). Y aun diríamos más: parece un moribundo que se ahoga con angustiosa asfixia mientras aspira ansiosamente un tubo de oxígeno: oxígeno que no penetra en sus pulmones, porque ya no funcionan. Así son los hombres de Estado de nuestros días: en momentos de angustia levantan los ojos y se ven en Roma al Vicario de Cristo, la potencia moral más egregia y única del mundo, oyen sus consejos, escuchan sus silbidos de buen Pastor, Pastor Angélico que anuncia, promete y está dispuesto a dar la verdadera paz, pero ellos no tienen pulmones para

PLURA UT UNUM

respirar oxígeno tan vivificante: falta espíritu en aquel cuerpo; son aquellos huesos áridos que vió Ezequiel. A LA MODERNA SOCIEDAD LE FALTA EL ALMA: EL ESPÍRITU SANTO.

Pero, ¿no cabe preguntar también aquí lo que el Espíritu del Señor interrogó a Ezequiel: «*putaste vivent ossa ista: crees tú acaso que estos huesos pueden volver a tener vida?*» Y tendremos que continuar el diálogo del Profeta con el Espíritu: «Oh, Señor Dios, respondí yo, Tú lo sabes. Entonces me dijo El: Profetiza acerca de estos huesos, y les dirás: Huesos áridos, oíd las palabras del Señor: Esto dice el Señor Dios a esos huesos: *He aquí que infundiré en vosotros el Espíritu y viviréis.*» (Ezequiel, 37, 3-5). Alentadora promesa la de Dios. Pero no olvidemos que Dios respeta siempre la libertad humana. Y en todo caso siempre quedará en pie, que para que la sociedad viva necesita del Espíritu Santo.

La Paz y el Espíritu Santo

Dos palabras para terminar y sacar la conclusión que anunciábamos al principio. Cuando en el número 113 de CRISTIANDAD hablábamos de la Paz, decíamos que la paz social se basa en la individual; y que para tener paz era menester que estuviéramos *individual y colectivamente relacionados con Dios*. Pues bien; hemos visto ya que nuestras relaciones con Dios, fin nuestro sobrenatural, las funda el Espíritu Santo que se nos da como don increado juntamente con el don creado que es la gracia. Es el Espíritu Santo no solamente el vínculo de unión entre los miembros de la sociedad sobrenatural, sino también entre los individuos y Dios. La consecuencia, pues, es tajante: no habrá paz si no hay en nosotros el Espíritu Santo. El argumento en forma silogística es claro y conciso: «La

paz es orden; el orden exige que el hombre esté subordinado y unido a Dios; la unión y subordinación del hombre a Dios se tiene por el Espíritu Santo; luego, necesariamente, el Espíritu Santo es imprescindible si queremos tener paz.» Y esto tanto en el orden individual como en el colectivo.

¿Piensan los cristianos en esta eficiencia del Espíritu Santo en el individuo y en la sociedad? Por desgracia, cuántas veces podriase repetir el diálogo de San Pablo con algunos efesios. Encuentra el Apóstol a ciertos «discípulos» desconocidos, que decían estar bautizados, y les pregunta: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo después que abrazasteis la fe?» Mas ellos le respondieron: «Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.» «Pues, ¿con qué bautismo —les replicó— fuisteis bautizados?» (Act. 19, 2-3). Necesitamos como aquellos de Efeso que se nos explique la doctrina acerca del Espíritu Santo. Admirablemente la expuso León XIII y recientemente el Sumo Pontífice Pío XII al hablar del Cuerpo Místico. Que no sea letra muerta, ni doctrina escondida, sino vida que dé vigor a los miembros del Cuerpo Místico de Cristo: la Iglesia. Entretanto, al echar una mirada por el mundo y verlo lleno de aridez, suciedad y miseria, sangrante por mil heridas, desahuciado, desviado, y como un cadáver frío y rígido, nos vienen a los labios las palabras de súplica de la Iglesia al Espíritu Santo: «*Lava quod est sordidum, riga quod est aridum, sana quod est saucium. Flecte quod est rigidum, fove quod est frigidum, rege quod est devium.*» Y aquellas otras: «Oh, Dios, que diste el Espíritu Santo a tus Apóstoles, concede a tu pueblo su piadosa petición, de suerte que a quienes concediste la fe, les obsequies también con tu paz.» (Oración en la Misa del Lunes de la Semana de Pentecostés.)

Francisco de P. Solá, S. J.

La recomendación más alta del Apostolado de la Oración

A todos aquellos que por cualquier causa yacen en la tristeza y en la congoja, con ánimo paterno les exhortamos a que, confiados levanten sus ojos al Cielo y ofrezcan sus aflicciones a Aquel que un día les ha de recompensar con abundante galardón. Recuerden todos que su dolor no es inútil, sino que para ellos mismos y para la Iglesia ha de ser de gran provecho, si animados con esta intención lo toleran pacientemente. A la más perfecta realización de este designio, contribuye en gran manera la cotidiana oblación de sí mismos a Dios, que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada APOSTOLADO DE LA ORACIÓN; asociación que, como gratísima a Dios, deseamos de corazón recomendar aquí con el mayor encarecimiento.

PIO XII. Encíclica "Mystici Corporis Christi"

Fuente de agua viva

La fiesta de los Tabernáculos

Seis meses exactamente después de la Pascua judía, cuando el mosto recién exprimido en el lagar esperaba la fermentación, y el olivo prometía la abundancia de aceite, que completaba la clásica trilogía de la feliz satisfacción del labrador hebreo («mittam vobis frumentum, et vinum, et oleum...», Iael, 2, 19), se celebraba durante una semana, con alborozado júbilo oriental, la fiesta de acción de gracias por la cosecha. Del 15 al 22 de Tishri, séptimo mes del año religioso y primero del año civil. Todos los judíos, salvo notable dificultad, debían peregrinar a Jerusalén, como por las fiestas de Pascua y de Pentecostés. Días de alegría popular, «fiesta santísima y máxima», en la que se entrelazaban las conmovedoras ceremonias litúrgicas con la policromía del folklore, sobre todo desde que, ya en tiempos remotísimos, se añadió a la primitiva significación agrícola el recuerdo de la peregrinación de los hebreos por el desierto camino de Palestina, que se conmemoraba y agradecía plásticamente morando en tiendas de follaje («tabernáculos»), ya en las afueras de la población, ya en las azoteas de las casas, durante toda la octava.

La procesión del agua

Cada mañana (exceptuando el último día), a la hora del sacrificio matutino, un sacerdote bajaba por el valle Tiropéon a la fuente de Siloé. De ella sacaba agua en un cantarillo de oro de tres «log», mientras el coro repetía:

«Con alegría sacaréis el agua
de las fuentes de la salud.»

(Isaías, 12, 3.)

El sacerdote y el pueblo regresaban procesionalmente al templo. Cada uno de los fieles llevaba en su mano izquierda un ramo de cidra y en la derecha el «lulab», es decir, una palma entrelazada con ramos de sauce y de mirto. Por el camino cantaban el gran Hal-lel (salmos 113 a 118 hb.). Al repetir aquel versículo:

«Oh Señor, ¡hosanna! (= ¡victoria!)
¡Bendito el que viene en nombre del Señor!»

(Ps., 118, 25-26.)

Agitaban las palmas con sus manos, llenando de clamor alborozado la ciudad. Una vez dentro del templo, el sacerdote llegaba hasta el altar de los holocaustos, y sobre él derramaba en libación, en medio de músicas y cantos, el cantarillo de agua de la fuente de Siloé. «No ha visto alegría quien no ha visto la alegría de la libación de esta agua», decían los doctores de la ley.

Más que el colorido de la ceremonia, fácil de imaginar, interesa el sentido espiritual de la misma. Mirando al pasado tenía un valor de *conmemoración* del agua que hizo brotar Moisés milagrosamente de la roca del Horeb. Mirando al futuro inmediato tenía, cada año, un sentido de *impetración*, equivalente a unas «rogativas» plásticas para obtener las primeras lluvias, de suma importancia para el éxito de la cosecha siguiente.

Pero mirando al futuro definitivo, fascinador para todo buen israelita, presente a flor de conciencia por el canto de los hermosos textos proféticos de la Biblia hecha liturgia en el templo, el agua esparcida sobre el altar significaba *la efusión de las bendiciones mesiánicas sobre Israel*.

Porque esa bendición mesiánica, síntesis de felicidad

paradisiaca, de paz y abundancia, de luz y victoria, de amor y fecundidad, del bien infinito que alboreaba en el horizonte de la inquebrantable esperanza de Israel, había sido simbolizado varias veces, directa o indirectamente, con el manso y humilde elemento que tantas realidades místicas sugeriría más tarde a una Santa Teresa de Jesús o a un San Roberto Belarmino, con el elemento que era para el palestinese, avezado a las sequías agotadoras, el tesoro máspreciado y deseado: el agua.

«Rociaré sobre vosotros agua pura», dijo Yahvé por Ezequiel (36, 25), y por Jeremías reprendió amargamente al pueblo porque no gustaba el sabor de esas aguas celestes:

«Dos maldades cometió mi pueblo:
me dejaron a mí, fuente de aguas vivas,
para excavar cisternas agrietadas,
cisternas que no pueden retener el agua.»

(Jer., 2, 13.)

Y en Isaías promete el agua del espíritu, el agua de la bendición que fertilizará los jardines místicos de la futura alianza:

«No temas, siervo mío Jacob,
mi amado, a quien Yo elegí,
pues derramaré aguas sobre el suelo sediento,
arroyos sobre la tierra seca.
Derramaré mi espíritu sobre tu posteridad,
y mi bendición sobre tus descendientes;
y crecerán como hierba junto al agua,
como praderas al borde de los ríos.»

(Is., 44, 2-4.)

Y cuando el mismo autor sagrado canta alborozado la redención del pueblo: redención de la cautividad babilónica en primer plano profético, redención mesiánica en perspectiva de fondo; supone repetido en él, de manera misteriosa, el milagro del agua salvadora brotada de las entrañas de la roca en el Horeb:

«Decid:
¡Ha redimido el Señor a su siervo Jacob!
No tuvieron sed en el desierto por donde los condujo;
agua de la roca hizo brotar para ellos,
hendió la peña, y el agua manó.»

(Is., 48, 21.)

Acostumbrados al lenguaje figurado, consubstancial con la psicología de Oriente, que habla de verdades de cielo con imágenes de tierra, los contemporáneos de Jesús podían meditar en la procesión del agua de Siloé, aleccionados por los profetas, sobre algo misteriosamente hermoso, entrevisto al trasluz del velo de una palabra misteriosamente vaga: «el espíritu».

Jesús, presente a la segunda mitad de la semana de los Tabernáculos, testigo de la alborozada ceremonia, creyó llegado el momento oportuno para descender el velo de las profecías, e invitar al género humano, con palabra más vibrante que la de Isaías (*Omnes sitientes, venite ad aquas!*, Isaías, 55, 1), a saciar su sed de infinito en el agua misteriosa del Espíritu...

La invitación de Jesucristo

Dice así el evangelista San Juan, testigo de aquella jornada memorable:

PLURA UT UNUM

«El último día, el mayor de la fiesta, estaba en pie Jesús y clamaba diciendo:

»Si alguno tiene sed, venga a mí,
y beba quien cree en mí;
como dijo la escritura:
de sus entrañas manarán ríos de agua viva.»

Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en El. Porque todavía no había espíritu, puesto que Jesús no había sido aún glorificado.

(Ioh., 7, 37-39.)

* * *

Unas breves consideraciones exegéticas darán mayor realce al tesoro doctrinal de estas sencillas palabras.

Era «el último día de la fiesta», que se desarrollaba con clamorosa algarabía de «fiesta mayor», no siempre exenta de reflejos poco edificantes (cf. vgr., el siguiente episodio: Ioh., 8, 1-11). El alma del pueblo estaba saturada de las emociones religiosas de la semana. En este ambiente, Jesús (que solía otras veces enseñar serenamente sentado), de pie, tal vez en lugar elevado sobre las turbas, con voz potente «clamaba», dominando el rumor confuso del pueblo alborozado. A su palabra se haría profundo silencio. De las enseñanzas de aquel día solamente nos da el evangelista San Juan un brevísimo, casi telegráfico, resumen. Pero la palabra de Cristo debió de ser tan clara y vibrante, tan soberanamente fascinadora, que la turba, poco dispuesta en favor suyo en aquella Jerusalén llena ya de amenazadores preludios de pasión, rubricó su catequesis con la entusiasta afirmación de que aquel que así hablaba bien debía de ser, por lo menos, el gran profeta precursor del Mesías, o, sin duda, el Mesías mismo (vv. 40 y 41). Más todavía, los esbirros del Sanhedrín, gente áspera y dura, exenta de sentimentalismos y espirituales elevaciones, que habían acudido al lugar con el formal encargo de prender a Cristo, sintieron desfallecer sus manos de verdugo, y regresaron a sus señores sin el preso que esperaban. A la pregunta airada de por qué no habían cumplido su misión, respondieron secamente: «¡Jamás habló hombre alguno así, como habla este hombre!» (Ioh., 7, 45 y sig.).

El resumen de San Juan, si no nos conserva el tono y unción divina de aquel discurso, nos da la frase clave y la idea fundamental, suficiente para nuestra enseñanza.

«Si alguno tiene sed, venga a Mí.»

«Tener sed» es sentir anhelos de felicidad, de bien y verdad, de amor y de paz. La fuente a quien debe acudir quien tiene esta sed no es ya Siloé, ni menos las cisternas agrietadas de Jeremías; la fuente es Jesús: «venga a Mí».

«Y beba quien cree en Mí.»

Sigue la preciosa metáfora, muy familiar para los hebreos, por cuanto se repite varias veces en los Libros Santos, especialmente en el Salterio, donde el alma se compara a una cierva sedienta que suspira por las fuentes de las aguas, por las fuentes de Dios vivo. Mas Jesús abre al pueblo el sentido sobrenatural de la metáfora: «Beber» es «creer en El». «Creer en Jesús» significa casi siempre en el Evangelio de San Juan, no el solo y escueto acto intelectual de aceptar friamente una verdad especulativa enseñada por el Maestro, sino la entrega total, vital y perfecta del hombre a Cristo Luz y Vida; entrega generosa y sin condiciones del entendimiento, voluntad, corazón, obras y sentimientos en manos del Mesías. Quien así «cree» en Jesús (no con solas sus ideas, a la manera que también los demonios «creen» (cf. Jac. 2, 19), ni con solo un sentimental y cómodo acto de confianza, sino *con todo su ser*; repetimos que esto significa «creer» en el Evangelio de

San Juan); quien así se entrega a Jesús, ha encontrado la fuente donde apagar la sed espiritual que le consumía.

«Como dijo la Escritura...»

Proyecta ahora el Señor la luz de su revelación sobre las páginas henchidas de sentido típico en el Antiguo Testamento. Lo que siglos atrás se prometió a Israel, ya con palabras de los profetas, ya con hechos famosos envueltos en mística significación, como la roca preñada de agua salvadora del Horeb, se va a realizar dentro de poco en la persona del que les está hablando.

«De sus entrañas manarán ríos de agua viva»

No cita un texto determinado de las Escrituras, sino la idea síntesis de una serie de textos que predicen los desbordantes efluvios de bendiciones mesiánicas bajo el símbolo del agua. (Con la misma razón y método podríamos escribir, por vía de ejemplo: «Como dice el Evangelio: Jesús es la fuente de la felicidad eterna», aunque ningún texto diga gramaticalmente las mismas palabras.)

En esa idea síntesis hay una afirmación fundamental y una circunstancia que la matiza.

La afirmación fundamental es que de Jesús «manarán ríos de agua viva». Por eso insta a todos los sedientos que «vayan a El» para «beber» espiritualmente, es decir, revelando las metáforas, para «creer» en El con todas sus potencias. Como ejemplo de texto profético sirve Isaías, 44, 2-4, ya citado más arriba. En este mismo texto se indica la equivalencia exegética «agua» = «bendición del Señor» = «espíritu del Señor». Esa equivalencia pone este texto y otros análogos en relación de paralelismo con aquellos que predicen la efusión del Espíritu, aunque sin la alegoría del «agua» (vgr., Joel, 2, 28; Zach., 12, 10; 13, 1). Y esta equivalencia viene subrayada por la declaración explícita de San Juan, en el versículo 39, donde nos dice que Jesús hablaba entonces del Espíritu Santo.

De todos ellos se desprende la idea teológica que domina en la concisa promesa del Redentor. El «agua viva» que se desbordará desde el cielo a la tierra a través del Mesías sobre la tierra seca del corazón de los hombres, la que será para ellos saciedad en sus anhelos de bien y amor, el máximo don de Jesús, la esencia de la nueva vida en la sublime reapertura sobrenatural del paraíso por la redención, principio viviente y vivificador que hace germinar flores de altos pensamientos y frutos de heroísmo, esa agua desconocida que apaga la sed por siempre jamás (cf. Ioh., 4, 13-14), es EL ESPÍRITU SANTO. El comentario de esta idea fundamental está en el sermón de la Cena, según el mismo cuarto Evangelio (cf. Ioh., 14, 25-26; 15, 26; 16, 7-15). Era el don supremo que todavía no se había comunicado a los hombres; «todavía no había espíritu», dice expresamente el evangelista. Habían gozado de El, es verdad, los justos del Antiguo Testamento, pero no con la profusión carismática de la nueva ley, y siempre en virtud de una anticipación cronológica, no jurídica, en atención a la fe en el futuro Mesías. Y la razón de ello es porque a la apertura de estas fuentes vivas debía preceder, en el plan divino, la «glorificación» de Jesús. Esta «glorificación», en la terminología teológicomística de San Juan, no es sólo la resurrección y ascensión a los cielos, sino fundamental y principalmente *la muerte redentora*, como prerrequisito de la vida gloriosa que le ha de seguir (cf., vgr., 3, 14; 12, 23 y 32; 13, 31; 17, 5).

La circunstancia que matiza la idea síntesis del discurso de Jesús en la conclusión de la fiesta de los Tabernáculos es que las corrientes de agua viva, es decir, el Espíritu Santo, «manarán de sus entrañas».

En primer lugar interesaría saber dónde se predice este pormenor en el Antiguo Testamento. Como simple hipótesis

podemos insinuar una explicación. Hay profecías *verbales* y profecías *reales* (o «tipos» en el lenguaje técnico de la exégesis). Profecía *real*, verbigracia, de Cristo-Eucaristía fué el maná (Ioh., 6, 32-33), y de Cristo crucificado la serpiente de bronce (Ioh., 3, 14). La roca del Horeb, fuente de agua viva al golpe de la vara de Moisés, recibe ya una aplicación mística e indirectamente mesiánica en Isaías (48, 21). San Pablo parece suponer como idea conocida de sus lectores que aquella roca, precisamente en cuanto fuente de arroyos espirituales, era símbolo o «tipo» de Cristo (cfr. 1 Cor., 10, 4). Lo comprenderá con menos dificultad quien considere que «roca», en hebreo, era uno de los nombres metafóricos que con cierta frecuencia se aplicaban al Dios de Israel. Jesús pudo aludir veladamente a este símbolo, insinuando que la efusión de Espíritu «de sus entrañas» estaba prefigurada en los arroyos de agua pura que brotaron de las entrañas de la roca del Horeb.

En último lugar podría preguntarse dónde se realizó esta promesa profecía de Cristo, dónde y cuándo se abrieron para los sedientos las aguas de vida prometidas por Jesús.

Nadie podría contestarnos con mayor autoridad que el mismo evangelista teólogo San Juan. No podemos oír su voz ungida de dulce fortaleza, pero podemos rastrear tenues vestigios de su magisterio extrabíblico a través de los escritos de sus discípulos, que en línea recta de genealogía espiritual nos llevan hasta los pies del anciano maestro de Efeso: Hipólito de Roma, Ireneo de Lión, Policarpo de Esmirna, su inmediato oyente. En esta línea antiquísima de tradición exegética, el texto que nos ocupa se considera directamente relacionado con el texto del mismo cuarto Evangelio, 19, 34: «Uno de los soldados con una lanza le traspasó el costado, y salió al punto sangre y agua.» Las fuentes del Espíritu son las entrañas de Cristo «glorificado», es decir, crucificado, y concretamente su Corazón abierto en el instante trascendentalmente teológico en que, con las últimas gotas de sangre y agua redentora nacía la Iglesia del costado de Cristo, al recibir el Espíritu Santo, principio de vida sobrenatural, vínculo de amor indisoluble y principio de fecundidad apostólica.

* * *

Recapitulando las ideas difusas en las consideraciones precedentes, podemos resumirlas así:

1. Cristo ofrece una *bebida* misteriosa a cuantos tienen *sed* (sin metáfora: ofrece a quienes sienten *deseos* de los bienes mesiánicos —ambiente de la Escenopegia— la *saciedad* de los mismos).

2. La condición para obtener esta bebida o saciedad es «ir a Jesús», frase evangélica equivalente a «creer en Jesús», en el sentido dinámico total ya expuesto; hoy diríamos tal vez «entregarse a Jesús», «ser de Jesús».

3. Esta bebida es un «agua viva»; expresión llena de sentido, que en la más amplia predicación de aquel día, captada por San Juan, significa *el Espíritu Santo*.

4. La fuente de estas aguas, el principio de donde reciben los creyentes el Espíritu Santo, es Jesús; pero no en un sentido puramente místico o jurídico, sino también en el sentido más realista de «las entrañas de Cristo», «glorificado», crucificado, herido y desangrado en muerte gloriosamente redentora.

5. Y, más concretamente, a la luz de la antigua tradición exegética unida con la más alta teología de la Iglesia, sintetizada en la encíclica «Mystici Corporis», la fuente del Espíritu es el costado abierto de Cristo en la cruz, es su divino Corazón.

Y así, a través de un texto bíblico en apariencia enigmático, aparecen íntimamente hermanadas las dos sublimes devociones de la perfección cristiana: la devoción al Espíritu Santo y la devoción al Corazón de Jesús.

* * *

La explicación teológica de estos puntos fundamentales requeriría un amplio tratado. Apuntamos algunas ideas en forma catequística.

Los hombres, por el pecado, estaban privados de la posesión del Espíritu Santo, fuente de todo bien. «No había espíritu», dijo expresivamente San Juan.

Dios confió al Mesías la obra de comunicarles tan excelso don. Mesías o Cristo significa «ungido». Ungido fué Jesús desde el primer instante de su concepción por el Espíritu Santo (cfr. Lc., 4, 18) en toda plenitud: «no con medida» (cf. Ioh., 3, 34).

El Espíritu Santo fué en Jesús, el Hombre perfecto modelo de los hombres que tienden a la perfección, principio de vida sobrenatural, y principio constante de acción. El Evangelio nos indica a veces esta acción del Espíritu en Jesús: lo impulsa a la vida interior (Lc., 4, 1) y a la vida apostólica (Lc., 4, 14); inspira su predilección para los pobres, cautivos, ciegos y oprimidos (Lc., 4, 18); dirige su lucha contra Satanás (Mt. 12, 68); produce en su Corazón estremecimientos de júbilo purísimo, traducidos alguna vez en arranques líricos de la más subida inspiración (Lc., 10, 21); enciende su amor de sacrificio por la redención de los hombres (cfr. Hebr., 9, 14). Si es lícita la expresión, El era el «Director Espiritual» de Jesús, como lo fué después de los Apóstoles y lo ha de ser de todo hombre que quiera poner en manos de Dios la más preciada y eficaz disposición interior: la docilidad.

Cristo, que estaba lleno del Espíritu, debía comunicar una participación de su plenitud a los hombres. A través de su muerte. Por su sangre vertida en sacrificio. En la cruz, instrumento de la «glorificación» del Redentor, se abrían para los hombres las fuentes del agua viva prefigurada en el Horeb. Y se abrieron plena y definitivamente en el momento de la verificación oficial de la muerte, de la rúbrica teológica de la Redención: en el momento de traspasarse aquel Corazón que ardió siempre en el Amor infinito del Espíritu. Entonces se otorgó a los hombres el don del Espíritu; entonces, por consiguiente, nació la Iglesia, de la que es alma y vida.

Y Jesús invita a los hombres a que, por la fe generosa y activa, se acerquen a beber de estas fuentes de vida que manan de su Corazón:

por el agua, símbolo del Bautismo, que nos da la posesión del Espíritu en virtud de la eficacia que recibió de la muerte redentora;

por la Sangre, realidad de la Eucaristía, que acrecienta en las almas la más completa posesión del Espíritu de Amor, fuente de felicidad, principio de Vida y Vida muy abundante.

* * *

Y a semejanza de Cristo, el apóstol, que es su discípulo y colaborador, aprenderá a comunicar al prójimo la llama del Espíritu que le posee y le inflama, abriéndole su corazón en la cruz del sacrificio. Porque así también

«de sus entrañas manarán ríos de agua viva».

Isidro Gomá Civit, Pbro.

NOTA — Tal vez extrañará a algún lector, que posea sólida cultura religiosa, la interpretación dada a este artículo al texto del Evangelio según San Juan 7, 37-39. Sabemos que la mayor parte de exegetas lo comentan en un sentido algo diverso. Para una justificación técnica de las ideas expuestas, puede consultarse Hugo Rahner, *Flumina de ventre Christi*. Die patristische Auslegung von Ioh. 7, 37.38, en *BIBLICA* 22 (1941) 269-302, 367-403, resumido por M. Z. en *VERBUM DOMINI* 21 (1941) 327-337.

Acción del Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento

A la Madre Inmaculada, cuya vida en los Santos Evangelios empieza y acaba bajo la acción del Espíritu Santo.

En el umbral del Nuevo Testamento

Día de la Anunciación del Ángel a la Virgen María: Tras varios milenios de preparación y ansiosa espera ha sonado en los planes de la divina Providencia la hora de proceder a la Redención del género humano. Va a ser ésta obra de amor y del amor conjunto de la Trinidad beatísima: amor del Padre que entrega a su Hijo Unigénito para que, pagada la deuda de justicia, se abran de par en par las puertas del amor misericordioso, infinito como la justicia; amor del Hijo, que se ofrece al Padre para rescatar a los hombres, también ellos hijos de Dios, para hacerse hermano según la carne de los hombres caídos y así redimirlos; amor del Espíritu Santo, cuya virtud presidirá el misterio de la Encarnación, para fecundar más tarde la semilla de santidad sembrada por el Verbo hecho carne y crear corazones nuevos y almas nuevas, en las que reine triunfante la santidad.

Nosotros, tras la revelación clara y precisa de Cristo Señor nuestro, sabemos que en la obra redentora intervinieron las tres augustas Personas de la Santísima Trinidad. ¿Lo sabía también aquella que tomó parte activísima en la realización del gran misterio? No cabe dudarlo: El Ángel la saluda y recaba su consentimiento en nombre del Señor, es decir, de Yahvé, de Dios *Padre*; para que quiera aceptar el ser Madre de Jesús, Hijo del Altísimo e *Hijo* de Dios; por la virtud a la vez santificadora y fecundante del *Espíritu Santo*.

Pero, ¿necesitó para saberlo revelación especial divina o podía conocerlo simplemente a través de la lectura y meditación del Antiguo Testamento? En particular, ¿qué cúmulo de pensamientos suscitaron en el alma de María las palabras del Ángel: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra; y por eso el hijo que nacerá será santo, será llamado Hijo de Dios»? (Lc., 1, 35).

Progreso en la revelación

Porque es un hecho que la mayor parte de los judíos no tuvieron más que una idea muy oscura, por no decir nula, de la existencia del misterio de la Santísima Trinidad. Verdad es que en el Antiguo Testamento se encuentran hechos y palabras que insinúan la existencia de pluralidad de personas en Dios (1); y que en algunos pasajes que se refieren al Mesías (2) y a la Sabiduría infinita (3), se hace casi palpable la personificación de la segunda Persona de la Santísima Trinidad; no obstante, consta por la historia de Cristo y de la predicación cristiana que los judíos no sólo no esperaban que el Mesías fuese Dios, sino que tenían por horrenda blasfemia el admitir

(1) La fórmula plural con que se introduce a Dios hablando en la creación del hombre (Gen. 1,26), en la condenación del pecado de Adán (Gen. 3,22), al buscar un profeta que sea enviado a Israel (Is. 6-8), etc. El triple «Santo» de los serafines en la visión inaugural del ministerio profético de Isaías (Is. 6,3). Las teofanías o manifestaciones sensibles de Dios a Abraham (Gen. 18), a Moisés (Ex. 3, etc.).

(2) Ps. 2,7; 109,1; Is. 9,6.

(3) Job 15,7-8 y 29,20-28; Prov. 8-9; Eccli. 24,1-34; Sap. passim.

una segunda persona en Dios. Y por lo que se refiere a la tercera Persona, la expresión «Espíritu Santo», con que es designada en el Nuevo Testamento, casi es desconocida en el Antiguo Testamento.

El hecho tiene su explicación. Dios, por una parte, al comunicar a los hombres sus pensamientos, se ha dignado acomodarse en todo al modo de hablar de los hombres, empleando el lenguaje humano con sus bellezas e imperfecciones, excluido siempre, naturalmente, el error. Por otra, estos mismos pensamientos o verdades no se los ha manifestado todos de una sola vez, sino que los ha ido abriendo al conocimiento de la humanidad poco a poco, hasta recorrer la plenitud de sus secretos por medio del Verbo de Dios hecho carne y viviente en medio de los hombres. Esto que tiene lugar en todas las grandes verdades de la santa fe, ocurre de un modo especial en el misterio de los misterios, el de la vida íntima de Dios, el misterio de la Santísima Trinidad, cuya existencia Dios reservó dar a conocer plenamente, cual prueba de predilección, a aquellos a quienes Jesús llamó «amigos», pues sólo a los amigos suelen manifestarse las intimidades de la vida.

Pero antes de llegar a la revelación clara en el Nuevo Testamento transcurrieron largos siglos de preparación, con manifestaciones parciales, cada vez más explícitas y completas. En el correr de tantos siglos no se contentó el Señor con preparar simplemente el terreno. Unas veces hizo que el autor sagrado escogiera tales palabras y frases que encerrarán un sentido más profundo que el que parecían tener a primera vista, sentido que fácilmente los oyentes o lectores no llegaron a recoger, que acaso escapaba incluso al mismo escritor sagrado, pero que estaba verdaderamente en la intención de Dios, autor principal de la Sagrada Escritura, y que descubrirían las futuras generaciones cristianas a la luz aportada por el Verbo de Dios. En otras ocasiones hizo también que el alcance de la mirada del agiógrafo —verdadero amigo de Dios— acabara en el Hijo de Dios y en el Espíritu Santo, personas divinas. Mas porque las verdades a relacionar eran altísimas y porque las expresiones consignadas en los libros santos del Antiguo Testamento no acababan de ser suficientemente explícitas, sólo unos pocos, los que lograron penetrar en el sentido íntimo de las Sagradas Escrituras, llegaron a tener alguna noticia del misterio.

Es la noticia que tendría la Virgen María, adquirida en la meditación asidua de la palabra de Dios, antes de las palabras del Ángel y de la consiguiente ilustración sobrenatural de su espíritu, en virtud de la cual percibió, en todos sus esplendores, la admirable armonía del Antiguo Testamento que acababa con el Nuevo que comenzaba a nacer.

Espíritu Santo. - Espíritu de Dios

El Antiguo Testamento habla frecuentemente del Espíritu de Dios, del espíritu de sabiduría, de piedad, de fortaleza, etc., pero nunca habla de una manera absoluta del Espíritu de santidad (Espíritu Santo), sino siempre del Espíritu de la santidad de Yahvé (Santo Espíritu de



Yahvé; y aun esto en muy contadas ocasiones (4). Es un hecho que llama la atención; es una observación de importancia, pues de la ausencia de la expresión «Espíritu Santo» se ha hecho uno de los puntos de partida para el no reconocimiento del Espíritu de Dios como persona en el Antiguo Testamento (5). Sin embargo, las palabras del Angel «el *Espíritu Santo* descenderá sobre ti» no carecieron de sentido para María, porque no eran para ella una fórmula desconocida. Como lo demuestra la literatura apócrifa judía precristiana (6), la fórmula «Espíritu Santo» ya era conocida entre los judíos mucho antes de los tiempos de la Virgen María, y con ella se indicaba prácticamente lo mismo que con la fórmula el «Espíritu del Señor» o el «Espíritu de Dios», cuya intervención deja su huella variada y profunda en la literatura bíblica del Antiguo Testamento.

Presencia universal del Espíritu de Dios

El «Espíritu de Dios» aparece actuando constantemente a lo largo de todo el Antiguo Testamento: desde las pri-

(4) Ps. 50,13; Is. 63,10,11; Dan. 13,45; Sap. 1,5; 9,17.

(5) F. Asensio, S. J., *El espíritu de Dios en los apócrifos judíos precristianos*, en *Estudios Bíblicos*, segunda época, 6 (1947) 7.

(6) F. Asensio, art. cit., pág. 32 s.

meras líneas del Génesis, el primer libro sagrado de la Biblia, hasta el libro de la Sabiduría, el último libro del Antiguo Testamento, escrito muy poco antes de la Encarnación del Verbo, probablemente entre el año 80-30 antes de Cristo.

En los albores de la Creación, junto a la masa caótica de materia pasiva e incapaz de producir algo por sí misma, el autor sagrado coloca, en contraste admirable, la presencia benigna del Espíritu de Dios, que todo lo vivifica: «el espíritu de Dios se cernía sobre la haz de las aguas» (Gen., 1, 2). Y junto a los umbrales del Nuevo Testamento, el libro de la Sabiduría nos habla de una Sabiduría que en algunos capítulos se identifica con Dios, que es un espíritu: «espíritu amigo del hombre es la sabiduría» (Sap., 1, 6), «Santo Espíritu» (Sap., 1, 5) por oposición al pecado, espíritu cuyas cualidades se ponderan en grado superlativo (Sap., 7, 22), espíritu que está en todo (Sap., 12, 1), con la misma presencia universal de Dios: «porque el Espíritu del Señor ha henchido el mundo» (Sap., 1, 7); repitiendo hasta cierto punto la misma idea que expresara el Salmista siglos antes al escribir: «¿Adónde iré lejos de tu espíritu?, ¿y adónde huiré de tu presencia? Si subiere al cielo, allí estás Tú; si me tendiere en los infiernos, estás presente.» (Ps., 138, 7 s.)

Principio de vida

A) En el orden físico

Tiene su razón de ser muy profunda esta omnipresencia del Espíritu de Dios, es el principio de toda vida, el principio activo por el cual las cosas se tornan vivientes, sin el cual nada subsistiría: «Si escondes tu rostro, se conturban; si les quitas su espíritu, fenecen y se vuelven a su polvo. Si envías tu espíritu son creados, y renuevas la faz de la tierra» (Ps., 103, 29-30); porque Dios y sólo El es «el que tiene en su mano el alma de todo viviente y el espíritu de toda carne humana» (Job, 12, 10).

Diríase que la Sagrada Escritura se deleita de un modo particular en advertir al hombre que su espíritu vital procede y depende en absoluto de Dios. Por el espíritu de Dios que se le infundió en la Creación, «quedó constituido el hombre como ser vivo» (Gen., 2, 7); y por medio de este mismo espíritu hace Dios que se multiplique la especie humana: «Verteré mi espíritu sobre tu semilla y mi bendición sobre tu brote. Entonces brotarán como hierba entre agua, como álamos junto a corrientes acuáticas» (Is., 44, 3 s.). Por esto es vil el hombre «que desconoció al que lo plasmó, y al que inspiró en él un alma de energías, y al que sopló en él un espíritu vital» (Sap., 15, 11). En cambio, las almas penetradas de esta verdad son capaces de los mayores heroísmos, como el anciano y valiente Razías del libro de los Macabeos (2 Mach., 14, 46) que muere entre atroces dolores, «invocando al Señor de la vida y del espíritu para que un día se las devolviera de nuevo»; o como la madre de los siete hermanos macabeos que alienta a sus hijos al martirio con la esperanza de la resurrección: «el Creador del mundo, el autor del mundo en su nacimiento, ese os devolverá, en su misericordia, el espíritu y la vida, si ahora os despreciáis a vosotros mismos por amor de sus leyes» (2 Mach., 7, 23).

En la resurrección, tal como nos la presenta Ezequiel (37, 1-14), «en la visión de los huesos secos que recobran la vida, el espíritu, que los hace revivir», es un principio vital idéntico, o por lo menos semejante al que perdieron con la muerte. Pero no debe perderse de vista que esto es por lo que atañe a la materialidad de la visión. Pues bien claro está que todo ello simboliza una resurrección que se ha de realizar en el pueblo de Israel. Lo simbolizado es, por lo tanto, una resurrección moral. Ahora bien, la experiencia nos enseña que esta resurrección ha consistido en la nueva vida traída por Jesús al mundo. Y, por lo tanto, aquel nuevo espíritu vital, que animó a los huesos secos, es un símbolo de un nuevo espíritu vital, que en el orden moral reanimaría un día a la humanidad. Siendo esto así, no es extraño que la Iglesia haya aplicado al Espíritu Santo las palabras del Salmo 103, «emittes spiritum tuum et creabuntur» y haya comenzado su himno litúrgico con las palabras «Veni, creator Spiritus», «Ven, oh, Espíritu creador» (7).

B) En el orden moral

En el Antiguo Testamento, el Espíritu de Dios entra en escena no solamente para dar la vida, sino siempre que Dios quiere comunicar una energía especial, cuando de una u otra manera quiere mover a la acción. Es entonces una fuerza que empuja a obrar, para que se lleven a cabo, más o menos conscientemente, a veces incluso ciegamente, los planes de Dios. En este sentido se dice que «Yahvé despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia» (Esdr., 1, 1), cuando autorizó la vuelta de los desterrados en Babilonia a Jerusalén. Y vuelven a la Patria precisamente «todos aquellos cuyo espíritu había des-

(7) J. Enciso, *Manifestaciones naturales y sobrenaturales del Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento*, en *Estudios Bíblicos*, segunda época, 5 (1946) 362. El artículo, págs. 351-380, del cual tomamos muchas ideas, examina los catorce sentidos que puede tener la palabra espíritu en el Antiguo Testamento.

pertado Yahvé» (Esdr., 1, 5). Es el espíritu de Yahvé la fuerza que empuja los profetas a la visión (Ez., 1, 12-20) y que los traslada sobrenaturalmente de un lugar a otro (3 Reg., 18, 12; 4 Reg., 2, 16; Ez., 3, 14 s.; Dan. 14, 36, etcétera). Pero hasta aquí no deja de tratarse de acciones en el orden natural.

1.º Santifica a los hombres

También en el orden moral es el espíritu de Dios principio de acción. Empieza el Señor por proteger, por medio de su santo espíritu, a su pueblo, como lo hizo con los israelitas a la salida de Egipto, según testimonio de Isaías (63, 11-14). La correspondencia del pueblo a los favores divinos no puede ser otra que llevar a continuación una vida digna de la santidad de Dios, seguir el camino más agradable a Dios y más ventajoso al hombre, que consiste en el cumplimiento de los divinos preceptos. Mas para ello se necesita la gracia; de ahí la petición del Salmista: «Enséñame a hacer tu voluntad, porque Tú eres mi Dios. Tu espíritu es bueno: él me conduzca por tierra llana» (Ps., 142, 10).

Esta gracia que transforma a los hombres, santificándolos, la da Dios a los hombres con la infusión de un espíritu nuevo, conforme promete por Ezequiel (11, 19, s.): «Les daré un solo corazón e infundiré en sus entrañas un nuevo espíritu, y quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne; a fin de que caminen por mis preceptos y guarden mis dictámenes y los practiquen, y constituyan mi pueblo y yo sea su Dios.» Este espíritu nuevo, que Dios infunde en el hombre para transformarlo, santificándolo, es, en realidad, el mismo espíritu de Dios: «infundiré mi espíritu en vuestro interior» (Ez., 36, 26-27). Por este espíritu el pueblo de Dios vendrá a tener justicia y santidad, que le asegurarán la protección divina: «Y no ocultaré más mi rostro de ellos, pues habré derramado mi espíritu sobre la casa de Israel» (Ez., 27, 18); porque es un «espíritu de favor y de plegarias» (Zach., 12, 10), con el que agraden a Dios y sean movidos a oración, que Dios derramará sobre la «casa de David», esto es, sobre la Iglesia, como dice Ribera.

Este mismo espíritu, derramándose sobre la sociedad, la transforma por completo. Isaías, después de describir la devastación futura del país, añade: «Hasta que sea derramado sobre nosotros espíritu de lo alto; luego la estepa se trocará en huerto, y el huerto será considerado como bosque. Y en el desierto residirá el derecho y la justicia en el huerto morará. La obra de la justicia será la paz, y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre.» (Is., 32, 15-17.)

Por eso Dios, queriendo prometer por Ageo su protección a quienes trabajan en la reconstrucción de su pueblo, les dice: «mi espíritu permanece entre vosotros, no temáis» (Ag., 2, 6). Parece que se presienten ya las palabras de Jesús: «enseñándoles a guardar cuantas cosas os ordené. Y sabed que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt., 28, 20) (8).

Y por esto también cuando el hombre en su maldad se rebela contra Dios, que obraba de continuo en Israel por medio de sus legados y profetas, entristecen, causan aflicción, en el lenguaje humano, «al espíritu santo de Dios» (Is., 63, 10).

2.º Capacita a los gobernantes

Mas el espíritu de Dios, por medio del cual se obra conforme a la voluntad divina y para Dios, se da principalmente y de un modo extraordinario, en el Antiguo Testamento, a aquellos que tienen por misión dirigir a Israel: reyes, profetas y muy en particular el Mesías.

Lo recibieron los setenta ancianos del pueblo de Israel que fueron escogidos por Dios para ayudar a Moisés

(8) J. Enciso, art. cit. pág. 365.

en las tareas de gobernar al pueblo elegido, para que fueran capaces de hacerlo en conformidad con la voluntad divina (Num., 11, 10-30). Es el mismo espíritu que posee Josué, el sucesor de Moisés (Num., 27, 18), y que constituía a los Jueces —Otoniel, Gedeón, Jefté, Sansón— en caudillos del pueblo del Señor (Idc., 3, 10; 6, 34; 11, 29; 13, 25).

En lenguaje cristiano diríamos que con infusión de este espíritu divino se daba a los gobernantes la gracia propia de su estado: lo recibían con la unción regia, lo perdían cuando por el pecado eran rechazados por Dios y desposeídos *de iure* de sus prerrogativas reales, como sucedió con David al ser elegido y consagrado en lugar de Saúl (1 Sam., 16, 13). El real profeta, después de su pecado con Betsabé, agravado considerablemente por los homicidios a que aquél dió lugar, sentía todo el peso de las verdades que venimos considerando: porque el pecado pudo destruir o debilitar en él los dones sobrenaturales, pide primero: «un corazón limpio crea en mí, oh Dios, y un espíritu firme renueva en mi interior», pues su corazón había sido profanado por el pecado, estropeado hasta sus profundidades más íntimas. Y porque el rey culpable teme haber sido abandonado por el Espíritu del Señor, que vino sobre él inmediatamente después de la unción real para guiarle, suplica humildemente que le sea conservado: «no retires de mí tu santo espíritu» (Ps., 50, 12-13).

3.º *Ilumina a los profetas*

Entre los rectores y guías del pueblo de Dios ocupan lugar preeminente los profetas, aquellos varones cuya misión es comunicar a los demás lo que Dios les ha hablado ante a ellos, para que sean con su predicación los custodios de la pureza de la religión revelada. Por eso a ellos se les ha dado de un modo verdaderamente extraordinario el Espíritu de Yahvé, hasta el punto de ser llamados a veces simplemente «hombres del Espíritu» (cf. Os., 9, 7). El espíritu de Dios viene sobre los profetas y los hace profetizar, o sea hablar en nombre de Dios. Este espíritu irrumpe en el profeta, entra dentro de él y le habla. A partir de tal momento no es propiamente el profeta, como persona privada, quien habla, sino el espíritu del Señor que habla por medio del profeta, como afirma de sí mismo David: «por mí está hablando el espíritu de Yahvé; sobre mi lengua se halla su palabra» (2 Sam., 23, 2) De ahí la petición de Eliseo a Elías, poco antes de que éste fuera arrebatado a los cielos: «¡Alcance yo, te ruego, doble porción de tu espíritu!» (4 Reg., 2, 9), es decir, herede yo de tu espíritu, mediante el cual eres el profeta de Dios, en calidad de primogénito tuyo, una porción doble respecto a los otros herederos.

La misión de los profetas es enseñar, corregir, amonestar y prevenir al pueblo en nombre de Dios. Instrucción y enseñanza que procede del Espíritu de Dios: «y diste tu espíritu bueno para instruirlos» (Neh., 9, 20); sin cuya ilustración no hay conocimiento posible de la vida sobrenatural divina: «¿Y tus consejos quién los conociera si Tú no dieras sabiduría y enviaras de lo alto tu santo Espíritu?» (Sap., 9, 17). Desgraciadamente, los israelitas, de ordinario, se hicieron ciegos y sordos: «endurecieron su corazón como el diamante para no oír la ley y las palabras que Yahvé de los ejércitos había enviado a anunciar con su espíritu por medio de los antiguos profetas» (Zach., 7, 12).

No era fácil la misión de los profetas. Por eso Miqueas, obligado a reprender, quisiera no poseer el espíritu del Señor: «¡Ojalá no fuera yo un varón que tiene el espíritu, y más bien hablaría mentiras!» (Mich., 2, 11). De este modo complacería al pueblo y se ahorraría persecuciones. «Pero yo estoy lleno de fuerza, del Espíritu de Yahvé, y de juicio y de fortaleza, para revelar a Jacob su prevaricación y a Israel su pecado» (Mich., 3, 8).

Esta ilustración por los profetas se extendía no solamente a los problemas estrictamente religiosos, sino aun a los políticos, en cuanto tenían relación con aquéllos; por ejemplo, en la lucha de Isaías contra la política de alianzas con potencias extranjeras, que por una parte eran prueba de desconfianza en el auxilio y en las promesas de Dios, por otra constituían peligro inminente, atestiguado por harto desgraciadas experiencias, contra la fe y culto del único Dios verdadero. De ahí la indignación del profeta: «¡Ay de los hijos rebeldes!, declara Yahvé. Quieren realizar un designio, mas no mío, y concertar un pacto, pero no según mi espíritu» (Is., 30, 1).

No faltaron profetas en la Antigua Ley. Sin embargo, en tiempos de la Nueva abundará más la revelación de los misterios de la fe. Así lo vaticinó el profeta Joel (2, 28-29) y comenzó a cumplirse en la Iglesia de Dios, el día de Pentecostés, según testimonio de San Pedro (Act., 2, 16).

4.º *Reposa sobre el Mesías*

Pero la efusión más abundante del espíritu divino se promete en el Antiguo Testamento al Mesías. Este será el servidor de Dios por excelencia. Es el mismo Dios quien lo presenta en el primer cántico del «Siervo de Yahvé» en el profeta Isaías. Dios le ha elegido, porque se complace en él y ha puesto sobre él su Espíritu (Is. 42, 1). Ante esta presentación no se puede menos de recordar la magnífica teofanía del bautismo de Jesús: «Así que fué bautizado, Jesús subió luego del agua. Y he aquí que se le abrieron los cielos, y vió al Espíritu de Dios descender a manera de paloma y venir sobre El. Y he aquí una voz venida de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me agradé» (Mt., 3, 16-17).

Dios le ha comunicado su Espíritu para que pueda llevar a buen término la misión que le ha confiado de hacer conocer al universo entero la religión de Dios. Este espíritu divino, participación de la vida del mismo Dios, le procurará la fuerza milagrosa necesaria para cumplir misión tan ardua como la de enseñar a todas las naciones. Se requería, en efecto, poseer una virtud y un poder más que humanos para convertir a todos.

Al Mesías no se le da simplemente el espíritu de Dios, sino que se le comunica la plenitud de dones y de influencia divina, para que pueda llenar cumplidamente su cargo de maestro y rector de los pueblos: «Y reposará sobre él el espíritu de Yahvé; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor de Yahvé, y su delectación en el temor de Dios.» (Is., 11, 2-3.)

Esta plenitud solamente alcanza al Mesías y parece que es dada como tal, es decir, para que pueda llevar a cabo felizmente y perfectamente toda la plenitud de su dignidad y actividad, como pastor y guía, salvador y santificador del linaje humano, ya que es el sacerdote, rey y profeta por excelencia (cf. Is., 61, 1). Plenitud de dones que le son concedidos con cierta estabilidad y permanencia, podríamos decir a modo de hábitos, pues se dice que el espíritu de Yahvé «reposará sobre él» (Is., 11, 2). Esta plenitud y firmeza, tal que no admite aumento ni disminución, no llama la atención a quienes sabemos —Isaías también lo sabía (9, 5)— que el Mesías, por su unión hipostática con el Verbo, viene a ser como el lugar propio y connatural del Espíritu de Dios.

* * *

Que este mismo Espíritu more en el alma de todos nosotros, para que podamos realizar plenamente la vocación de cristianos, a que nos llamó Cristo desde el árbol de la Cruz.

Pablo Termes Ros, Pbro.

PENTECOSTÉS

Dos interpretaciones

Cuando Sienkiewicz, en su famosa novela «*Quo Vadis?*», pretende describir la profunda transformación que experimentó la corrompida sociedad romana a consecuencia del influjo de la naciente Iglesia, nos lo presenta a través de los cambios que experimenta Vinicio, joven augural, al que el amor hacia Ligia, doncella cristiana, lo lleva a establecer contacto con los apóstoles Pedro y Pablo, y cuando, admirado ante la sublimidad de la doctrina y conmovidos los fundamentos de su concepción pagana de sociedad, se dirige a Pedro y le pregunta: «Vuestros hechos y palabras se asemejan a la tersa superficie de un remanso transparente, mas decidme: ¿qué hay bajo esta superficie? Ya veis que soy sincero. Disipad mis tinieblas. Los hombres me han dicho también: Grecia creó la sabiduría y la belleza, Roma creó el poder; pero ellos, los cristianos... ¿qué han creado, qué traen? Si hay luz detrás de vuestras puertas ¡abridme las!» «Traemos el amor» dijo Pedro. Y Pablo de Tarso agregó: «Si yo hablara con la lengua de los ángeles y no tuviera amor, mi voz no sería otra cosa que un sonoro bronce.»

Con estos trazos magistrales, el ilustre novelista polaco nos declara cuál es la esencia de la doctrina cristiana y cuál fué la fuerza que cristianizó el Imperio y luego forjó la sociedad moderna que, al separarse de la obediencia de la Iglesia, única depositaria del Espíritu Santo, ha venido a caer en el triste estado de intranquilidad y perpetua zozobra que hoy le aqueja. Causaría profundo estupor, si fuese profesado de buena fe, al ver que personalidades eminentes en ciertas facetas de su actividad, escriben: «Si al judaísmo de los profetas y al cristianismo, en la forma que lo predicara Jesucristo, se le quita-

ran todos los agregados posteriores, hechos en especial por los sacerdotes, quedaría en pie una doctrina que estaría en condiciones de curar a la humanidad todos los males sociales. A los hombres de sano criterio cabe la obligación y el deber ineludible e irrenunciable de intentar, cada uno en su círculo, de mantener vivida en lo posible tal doctrina de puro humanitarismo. Si en el seno de una comunidad se hiciera esto con honradez, sin dejarse desplazar o destruir por los coetáneos, tal comunidad debería considerarse como la más feliz» (1). ¿Qué es lo que se pretende? ¿Que la Iglesia renuncie al Espíritu Santo? ¿Que se prescindiera de la divinidad de Jesucristo? No comprenden que si la Iglesia renuncia al Espíritu Santo, el mundo carecería de amor, y sin ello no hay convivencia posible, porque «El amor es el principio generador de la sociedad humana» (2).

No obstante lo absurdo del programa, estas ideas se extienden y aun son proclamadas como panacea universal para establecer una regeneración social. Como muestra adecuada ponemos en parangón el texto de San Lucas, explicando la venida del Espíritu Santo, y la de Samuel Asch, literato judío-polaco, que se ha preocupado intensamente de la cuestión religiosa, y que aun cuando reduciendo la figura de Jesucristo a la de un fundador de una secta judía, siente respeto y admiración hacia su persona. La simple comparación de los dos textos destaca la pobreza de la versión judía de Pentecostés, y es que Asch, a pesar de su innegable talento literario, de su conocimiento histórico y del color local tan hábilmente manejado, no puede suplir lo que le falta. Su Pentecostés es frío, intrascendente, y ello debe ser así, es un Pentecostés sin Espíritu Santo.

J. G.

EL PENTECOSTÉS AUTÉNTICO.—Hechos de los Apóstoles

Venida del Espíritu Santo, 2, 1-13

Y al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. Y se produjo de súbito desde el cielo un estruendo como de viento que soplaba vehemente, y llenó toda la casa donde se hallaban sentados. Y vieron aparecer lenguas como de fuego, que, repartiéndose, se posaban sobre cada uno de ellos. Y se llenaron todos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en lenguas diferentes, según que el Espíritu Santo les movía a expresarse. Hallábanse en Jerusalén judíos allí domiciliados, hombres religiosos de toda nación de las que están debajo del cielo; y al oírse este estruendo, concurrió la multitud y quedó desconcertada, por cuanto les oían hablar cada uno en la propia lengua. Y se pasmaban todos y maravillaban, diciendo: «Mira, ¿que no son galileos todos esos que hablan? ¿Y cómo nosotros oímos hablar cada uno en nuestra propia lengua en que nacimos —partos, medos y elamitas, y los pertenecientes a la Mesopotamia, a la Judea y a Capadocia, al Ponto y al Asia, a Frigia y a Panfilia, a Egipto y a las partes de la Libia junto a Cirene, y los romanos aquí residentes, así judíos como prosélitos, cretenses y árabes—, cómo les oímos hablar en nuestras lenguas las magnificencias de Dios?» Y se pasmaban todos y no sabían qué pensar, diciéndose el uno al otro: «¿Qué querrá ser esto?» Mas otros, haciendo chacota, decían: «De mosto están llenos.»

Discurso de Pedro, 2, 14-36

Puesto de pie Pedro, acompañado de los Once, alzó su voz y les habló en estos términos:

«Varones judíos y moradores todos de Jerusalén: tened esto entendido y prestad atento oído a mis palabras. No es así, como vosotros presumís, que estén éstos embriagados, pues no es sino la hora tercia del día, sino que esto es lo dicho por el profeta Joel (2, 28-32):

«Y acaecerá en los días postreros, dice Dios, que derramaré de mi espíritu sobre toda carne; y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán en sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas en los días aquellos derramaré de mi espíritu, y profetizarán.

»Y obraré portentos en el cielo arriba y señales sobre la tierra abajo: sangre y fuego y exhalación de humo.

»El sol se tornará tinieblas, y la luna sangre, antes que llegue el día del Señor, día grande y deslumbrador.

»Y será así que todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará.»

»Varones israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús Nazareno, varón acreditado de parte de Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales, que Dios obró por El en medio de vosotros, según que vosotros mismos, sabéis, a Este, vosotros, dentro del plan prefijado y de la previsión de Dios, habiéndole entregado, enclavándole

(1) A. Einstein «Mi panorama Mundial».

(2) Dr. Torres «La edificación social».

por mano de hombres inicuos, le disteis la muerte; al cual Dios resucitó, sueltas las dolorosas prisiones de la muerte, por cuanto no era posible que El quedase bajo el dominio de ella. Porque David dice respecto de El (sal. 15, 8-11):

«Miraba yo al Señor delante de mí constantemente, porque a mi derecha está, para que no sea yo sacudido.

»Por esto se regocijó mi corazón y se alborozó mi lengua, y hasta mi carne reposará sobre la esperanza de que no abandonarás mi alma en los infiernos, ni consentirás que tu Santo experimente corrupción.

»Me mostraste los caminos de la vida, me henchirás de gozo con la vista de tu faz.»

»Varones, hermanos, se puede decir sin reparo alguno ante vosotros acerca del Patriarca David, que murió y fué sepultado, y que su sepulcro subsiste entre nosotros hasta el día de hoy. Profeta, pues, como era, y sabiendo que Dios le había jurado solemnemente que *asentaría sobre su trono a uno de sus descendientes* (sal. 88, 4-5: 131, 11), con visión profética habló de la resurrección del Ungido, que *ni sería abandonado en los infiernos ni su carne experimentaría corrupción*. A éste, que no es otro que Jesús, resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, le ha derramado, que es esto que vosotros veis y oís. Que no fué David quien subió a los cielos; antes él mismo dice (sal. 109, 1):

«Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.»

»Con toda seguridad, pues, conozca todo Israel que Dios le constituyó Señor y Mesías a este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis.»

Tres mil hombres reciben el bautismo, 1, 37-41

Al oír esto, sintieron traspasados de dolor su corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, varones hermanos?» Pedro a ellos: «Arrepentíos, dice, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Pues para vosotros es la promesa, y también para vuestros hijos y para todos los que están lejos, cuantos quiera que llamare a sí el Señor Dios nuestro.» Y con otras muchas razones dió su testimonio y los exhortaba diciendo: «Salvaos de esa gene-

ración perversa.» Ellos, pues, acogiendo su palabra, fueron bautizados; y fueron agregados en aquel día como unas tres mil almas.

Discurso de Pedro, 10, 34-43

Y desplegando Pedro sus labios, dijo:

«A la verdad entiendo ahora que no es Dios aceptador de personas, sino que en toda nación el que le teme y obra justicia le es acepto.

»La palabra que envié a los hijos de Israel, anunciando la buena nueva de la paz por medio de Jesu-Cristo —éste es el Señor universal—...; vosotros conocéis la palabra esparcida por toda la Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que Juan predicó: a Jesús el de Nazaret cómo le ungió Dios con Espíritu Santo y poder; el cual discurrió por todas partes derramando bienes y sanando a todos los tiranizados por el diablo, puesto que Dios estaba con El. Y nosotros somos testigos de todo cuanto obró, tanto en el país de los judíos como en Jerusalén; a quien llegaron a matar colgándole de un madero. A Este, Dios resucitó al tercer día, e hizo la gracia de que se manifestase visiblemente, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros, que con El comimos y bebimos después de haber El resucitado de entre los muertos; y nos ordenó predicar al pueblo y testificar que El es el constituido por Dios, juez de vivos y muertos.

»A Este rinden testimonio todos los profetas, anunciando que por su nombre recibe remisión de los pecados todo el que cree en El.»

Ordena Pedro el bautismo de Cornelio. 10. 44-48

Estando aún Pedro hablando estas palabras, cayó el Espíritu Santo sobre todos los que oían la palabra. Y se asombraron los fieles de la circuncisión, cuantos habían venido con Pedro, de que aun sobre los gentiles hubiera sido derramado el don del Espíritu Santo; porque les oían hablar en lenguas y engrandecer a Dios. Entonces intervino Pedro, diciendo: «¿Tiene acaso alguno derecho de impedir el acceso al agua para que no sean bautizados estos que recibieron el Espíritu Santo lo mismo que nosotros?» Y dió orden que fuesen bautizados en el nombre de Jesu-Cristo. Entonces le rogaron que se quedase allí algunos días.

EL PENTECOSTÉS JUDAICO.—«El Apóstol», de Samuel Asch

El segundo día de la traída de primeros frutos era la fiesta de Pentecostés, la más alegre de todas las festividades judías, pues conmemoraba la comunicación de los Diez Mandamientos en el Sinaí. Muchos judíos que vivían en el extranjero y que, por tanto, no podían llevar sus frutos tempranos al Templo, eran, sin embargo, atraídos a Jerusalén para la fiesta. El área sagrada estaba llena de visitantes procedentes de todos los confines de la Diáspora, que llegaban para tomar parte en las brillantes ceremonias, para caer de bruces en los patios del Templo, oír a los levitas tocar las trompetas de plata y las arpas mientras cantaban versículos de los salmos. En el patio más interior del santuario, los sacerdotes, descalzos y vestidos de blanco, ofrecían los sacrificios prescritos para la fiesta. Durante estas horas, el Templo era un tormentoso mar de colores, un desfile de vestidos fantásticos, y diez mil rostros se alzaban anhelosamente hacia la luz que salía del santuario más íntimo. Había judíos de Babilonia con largos mantos abrochados hasta el cuello, y judíos de Cilicia y Cirene con capas de entretejido pelo de cabra; había judíos de lejanas regiones del Asia, hombres cuyos

cuerpos y extremidades eran magros y huesudos, como rostros estaban atezados hasta casi parecer negros, cuyos si las arenas ardientes hubiesen consumido su carne; había judíos de Persia y Media, con largas y rizadas barbas y tupidas trenzas de negro cabello; había judíos pobres de las provincias de Arabia, cuya única prenda de vestir era un lienzo blanco; había hasta judíos de Roma, que llevaban con orgullo la toga de su ciudad de adopción.

En ese día de Pentecostés, siete semanas después de la crucifixión realizada en el Gólgota, había, en un ángulo del patio del Templo, varios hombres que formaban el centro de un gran grupo de curiosos peregrinos. No era su aspecto lo que llamaba la atención, pues sus vestidos y porte eran de galileos, figuras familiares en Jerusalén: ropón de estopa, brazos y piernas largos y huesudos, altas cabezas tupidamente cubiertas de rizos negros, enmarañadas barbas, centelleantes ojos. Era lo que relataban y su manera de relatarlo historia maravillosa, incomprensible, narrada con desordenados y ansiosos gestos, como si palparan la historia con sus dedos, mientras la relataban con sus labios.

El principal narrador era un hombre de mediana edad que llevaba sus años como quien no está acostumbrado a ello, como si hubiesen cargado su vida, no uno a uno y lentamente, sino de pronto y todos a la vez. Su densa y erizada barba y sus ceñidos bucles eran medio negros, medio grises; pero sus cejas, como sus ojos, tenían el brillo de la juventud. Su grave rostro, surcado por las señales del trabajo y las tribulaciones, daba a los circunstantes una impresión de sinceridad y veracidad. Pero su voz era todavía más convincente que su aspecto, pues, aunque hablaba bajo, vibraba de inspiración. El lenguaje que empleaba, mezcla de arameo y hebreo, era apenas inteligible para sus oyentes, que en su mayoría usaban el griego como lengua materna; sin embargo, por la intensidad de su convicción, por la presión de su deseo de comunicar sus noticias, obtenía no sólo su atención, sino también su comprensión.

Contábase algo increíble; que Jesús, a quien Poncio Pilatos había crucificado en la Pascua anterior a aquel Pentecostés, no era otro que el prometido Mesías; que el crucificado había resucitado de entre los muertos y se había revelado a sus seguidores y discípulos en el monte de los Olivos, donde se habían ocultado después de su muerte para que no los arrastrara la tormenta. Y el narrador continuaba —maravillando a sus oyentes con su saber— añadiendo a su propio testimonio la corroboración de la sagrada escritura, citando versículos de los Salmos y del libro del profeta Isaías, que predecían, cada uno en su lugar, los sufrimientos del Mesías y que Dios haría surgir la salvación de Israel de la simiente del rey David. Ese hombre, el que Poncio Pilatos había crucificado, era realmente el Mesías a quien todos aguardaban. Era el primero que hubiese resucitado de entre los muertos; se había mostrado en la carne a sus discípulos; se había sentado junto a ellos, había comido y bebido con ellos; y les había ordenado llevar la nueva a los hijos de Israel y a todos los demás pueblos, aun a los samaritanos, hasta los confines del mundo; les había ordenado decir a todos que antes de que pasaran muchos días, El, el Mesías, bajaría del cielo, y el Reino de los cielos empezaría en la tierra. Les había ordenado ir a Jerusalén, lo que habían hecho, y comunicar la nueva a la Casa de Israel.

El narrador dijo, además, que uno de los discípulos se negaba a creer que el extraño que se les aparecía en la carne era el que había sido crucificado por Poncio Pilatos. He aquí cómo había ocurrido: ellos, los discípulos, se hallaban reunidos en un desván y compartían el pan según el modo que les había enseñado su Maestro, y de pronto hubo un extraño entre ellos, uno a quien no conocían y que los saludó con la expresión judía «*Sholom aleichem*».

«Su rostro era el de un hombre que había pasado a través de la muerte y, sin embargo, estaba vivo. Y hablaba como uno de nosotros y compartió el pan con nosotros» —así había narrado la historia el discípulo incrédulo—. «Se hallaba sentado entre nosotros y era uno de nosotros. Miré sus manos y vi los sitios donde las habían horadado los clavos; aun estaba la sangre endurecida en los agujeros y las heridas no se habían cerrado. Y tomó mi dedo y lo metió en la herida, y entonces supe que era El, que era Jesús de Nazaret, que había sido crucificado por Poncio Pilatos y se había alzado de la muerte, como Mesías y salvador de la Casa de Israel.»

Entre los presentes, judíos de Palestina y judíos del extranjero, había algunos que recordaban vividamente el extraño advenimiento del Rabino de Nazaret en la Pascua precedente; había otros cuyo recuerdo del incidente era vago; pero en todos ellos el apasionado discurso del galileo agitaba profundos recuerdos de esperanzas y sueños. Agitaba también el amargo sabor de la desilusión y la vergüenza. Pero había otros, recién llegados a la ciudad, que escuchaban asombrados, pero no comprendían las

alusiones, y éstos, interrogando a los que estaban junto a ellos, supieron por primera vez la historia de la elevada promesa y la amarga decepción.

—Tan joven la mañana y ya tan llenos de vino dulce —dijo uno.

—No sólo de vino dulce, sino también del veneno del Maligno —dijo otro.

Luego una tercera voz:

—Estos hombres no hablan como lo hacen los ebrios.

El que presentaba esta objeción era un hombre de Tiro, como podía verse por su barba hábilmente trenzada.

Un docto alfarero levantó la voz:

—¿De modo que os mandó también a los samaritanos? ¿Oyóse decir alguna vez que el Mesías vendrá para los samaritanos? ¿Por qué detenerse en ellos? Quizá vino para los gentiles, también.

—Sí, para los gentiles también, en los lugares más remotos del mundo —afirmó uno de los invitados.

—¿Oyóse jamás decir que un hombre se levantara de entre los muertos? Ved que está escrito: «No alabarán los muertos al Señor» y «los que duermen en el polvo no le alabarán» —dijo uno con ruidosa voz. Por el cingulo del color que sostenía su ropa extrañamente plegada, que pendía hasta sus tobillos, mostraba éste ser miembro de una familia sacerdotal saducea. Acarició graciosamente los pelos de su barba y continuó—: Estos hombres deberían ser arrojados del Templo por esparcir tales locuras entre el pueblo. —Se volvió hacia su vecino para explicarse con más intimidad—: El hombre recto recibe su recompensa en esta vida y en esta vida es igualmente castigado el malo. No escuchéis a estos ignorantes galileos.

Durante este cambio de opiniones, un hombre joven se había abierto paso, rápidamente, por entre la muchedumbre, hasta que estuvo al lado del saduceo y frente a los hombres de Galilea. Fijó en los últimos un ojo fiero y relator, que parecía concentrar en sí el poder de dos, pues su otro ojo estaba casi cerrado, y el pesado párpado sin vida cubría la pupila, dejando sólo brillar una rendija de blanco. Era evidente que el joven había oído el mensaje de los galileos y el comentario adverso del saduceo; pues, apartando la vista de los primeros con una desdenosa mueca de sus apretados labios y su delgada nariz de halcón, dijo:

—No, no es por su creencia en la resurrección por lo que estos hombres deberían ser arrojados del patio del Templo. Sólo vosotros, infelices saduceos, negáis la resurrección. ¿Qué sería nuestra miserable vida de este mundo, si no fuera la gran vida del mundo que vendrá? ¡Esto es lo que enseñan nuestros sabios! —lanzó una mirada hacia el cielo—. Deberían ser arrojados de este santo lugar porque toman un hombre colgado y lo exaltan como la sagrada persona del Mesías, en tanto que la sagrada escritura dice: «¡La maldición de Dios cae sobre el que ha sido colgado!»

El jefe de los galileos volvió hacia los que rodeaban al saduceo y al joven, levantó los brazos y exclamó:

—Esto se cumplió según lo que dicen los profetas, que con una sola voz declaran que el Mesías debe sufrir primero. Oíd estas palabras del profeta: «Errábase como ovejas perdidas, cada uno de nosotros seguía su camino y Dios puso sobre El los pecados de todos nosotros. Fué perseguido y torturado y no abrió la boca; se le condujo como un cordero a la matanza, y como el cordero permanece mudo ante el trasquilador, así El no abrió la boca.»

—¿Cómo salen las palabras de los profetas de los labios de estos hombres? ¡Yo conozco a estos galileos! —interpuso uno de los presentes en tono de perplejidad—. ¿No es éste el pescador de Cafarnaum que seguía al Rabino en su vida?

—¡Ved cómo el espíritu de Dios está con ellos! ¡Hablán como los doctos, sin haber recibido instrucción!

Ultima aparición y ascensión a los cielos

Andrés FERNÁNDEZ, S. J.

Los cuarenta días de la vida gloriosa de Jesús sobre la tierra tocaban a su fin. Era ya tiempo que el Hijo, triunfador de la muerte y del infierno, fuese a recibir del Padre el premio de su gloriosa victoria. Quiso despedirse de sus amados discípulos, y para ello les invitó a una última reunión, a una comida íntima. Y estando así a la mesa con ellos les consolaría de su próxima partida, les recordaría algunas de sus instrucciones; y luego les dijo que no se alejaran por entonces de Jerusalén, pues iba a cumplirse en ellos la promesa del Padre, el don del Espíritu Paráclito que ya les había anunciado, y añadió:

—*Porque Juan, en verdad, bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días.*

¡Con qué atención, con qué sentimientos de afectuosa pena escucharían los discípulos, y sobre todo la Virgen Santísima, que sin duda estaría también allí, y las santas mujeres, aquellas palabras, que bien entendían ser las últimas del amado Maestro! Mas en medio de estas tristes y tiernas emociones sonó una nota extraña, que nos muestra una vez más cuán profundamente arraigadas estaban aún en el ánimo de algunos discípulos de Cristo ciertas ideas de orden menos espiritual.

—*Señor* —le preguntaron—, *¿vas a restablecer ahora de presente el reino de Israel?*

Jesús debió de sentir un afecto de melancólica compasión por esos hombres que, después de tantas instrucciones, de tantos milagros, después de la terrible pasión, todavía soñaban ideas nacionalistas. No creyó oportuno insistir entonces en la indole espiritual de su reino; contentóse con decir:

—*No es cosa vuestra el conocer los tiempos o momentos oportunos que el Padre se reservó de fijar por su propia autoridad; mas vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que bajará sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda la Judea, y hasta los confines de la tierra.*

Dicho esto, levantóse Jesús y con él los Apóstoles y cuantos allí estaban, y, bajando hacia el Cedrón por aquel mismo camino que cuarenta días antes en tan lúgubres

circunstancias habían recorrido, fueron subiendo la cuesta del monte de los olivos, embargado el ánimo en dos sentimientos: gozo por el triunfo de su Maestro y Señor, tristeza por su partida. Y una vez ya en la cumbre, mirándolos, sin duda con dulcísima mirada, alzando las benditas manos, les dió su bendición; y en esto, aquella humanidad santísima se arrancó de la tierra y fué elevándose en alto hacia el cielo, mientras que todos, extáticos ante aquel soberano espectáculo, permanecían clavados al suelo con los ojos fijos en el Salvador, que iba subiendo, subiendo...

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, obscuro,
con soledad y llanto;
y Tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Y en tanto que estaban ellos así mirando, una «nube envidiosa», interponiéndose, se lo quita de la vista; y como, sin embargo, siguieran ellos con los ojos clavados al cielo, se les pusieron delante dos varones con vestiduras blancas, que les dijeron:

—*Hombres de Galilea, ¿por qué os estáis aquí mirando el cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, yéndose al cielo, así vendrá un día de la misma manera que le habéis contemplado subirse al cielo.*

Entonces, llenos sus corazones de alegría por el triunfo del Maestro, bajaron del monte y regresaron a Jerusalén.

«Yo miré, y oí clamor de muchos ángeles en rededor del trono, y de los animales, y de los ancianos; y era su número millares de millares, que decían con potente voz: Digno es el Cordero que fué inmolado, de recibir la fortaleza, y riqueza, y sabiduría, y vigor, y honor, y gloria, y bendición. Y toda criatura que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar, a todas oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero la bendición, y el honor, y la gloria, y el poder por los siglos de los siglos. Y los cuatro animales decían: «Amén.» Y los ancianos se postraron y adoraron» (Ap. 5, 11-14).

El Apostolado de la Oración acarrea copiosos frutos a los mismos socios

Pero esta saludable Institución no sólo busca el bien de la Iglesia en general, sino que, como afirma nuestro Predecesor de santa memoria, Pío IX, desde el principio acarreó también continuos y nutridos frutos de orden espiritual a cada uno de sus asociados.

a) **Promueve en ellos la práctica de la oración.**—Porque, cumpliendo la palabra del Señor, “es necesario orar siempre y no desfallecer”, da siempre estímulos nuevos y anima a los socios a la oración.

b) **Favorece en ellos el espíritu sobrenatural.**—Y mientras en nuestros días el falaz sistema llamado naturalismo intenta infiltrarse en todos los órdenes de la vida, y, bajo la forma llamada herejía de la acción, procura insinuarse en los mismos métodos de vida espiritual y actividad apostólica, esta vuestra Institución, con suma oportunidad y utilidad, recuerda a los cristianos aquel principio doctrinal que nos enseña cómo el que planta y el que riega no es nada, sino que sólo Dios es quien da el crecimiento.

(PIO XII. Carta al Director General del Apostolado de la Oración, 16 de junio de 1944)

CANCIONES QUE HACE EL ALMA EN LA INTIMA UNION DE DIOS

SAN JUAN DE LA CRUZ

*¡Oh, llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.*

*¡Oh, cautiverio suave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.*

*¡Oh, lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba obscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su querido!*

*¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras:
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno
cuán delicadamente me enamoras!*

Sintiéndose el alma ya toda inflamada en la divina unión, y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites, sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva, que dijo el Hijo de Dios que saldrían en semejantes almas (Joan. VII, 38), parécete, que pues con tanta fuerza está transformada en Dios, y tan altamente de El poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve y delicada tela; y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que la está embistiendo, la está como glorificando con suave y fuerte gloria: tanto, que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va a dar gloria y vida eterna, y que va a romper la tela de la vida mortal; y que falta muy poco, y que por este poco no acaba de ser glorificada esencialmente, dice con gran deseo a la llama, que es el Espíritu Santo que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro, en que de veras la acabe de comunicar lo que cada vez parece que va a darla y a hacer cuando la encuentra, que es glorificarla entera y perfectamente; y así le dice:

¡Oh, llama de amor viva!

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos: *Oh*, y *Cuán*, que significan encarecimiento afectuoso: los cuales, cada vez que se dicen dan a entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el *Oh* para mucho desear, y para mucho rogar persuadiendo; y para entrambos efectos usa el alma de él en esta Canción; porque en ella encarece e íntima el gran deseo, persuadiendo a el amor, que la desate de la carne mortal.

Esta llama de amor es el Espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, a el cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y transformada en

suave amor, sino como fuego, que además de eso, arde en ella, y echa llama, como dije; y aquella llama, cada vez que llamea, baña a el alma en gloria, y la refresca en temple de vida divina; y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores, es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno, y vale más que cuanto había hecho toda la vida, sin esta transformación, por más que ello fuese. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la transformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y la llama de él; que la llama es efecto del fuego que allí está. De donde el alma que está en este estado de transformación de amor, podemos decir que es un ordinario hábito, y es como el madero, que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama, que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale, cuanto es más intenso el fuego de la unión, en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el Ángel que subió a Dios en la llama del sacrificio de Manué (Judic. XIII, 20). Y así en este estado no puede el alma hacer actos, que el Espíritu Santo los hace todos, y la mueve a ellos; y por eso todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde a el alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, le está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios. Y éste es el lenguaje y palabras que habla y trata Dios en las almas purgadas y limpias, que son todas ellas encendidas como dijo David: *Tu palabra es encendida vehementemente* (Ps. CXVIII, 140); y el profeta Jeremías: *Numquid non verba mea sunt quasi ignis?* ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? (XXIII, 29). Las cuales palabras, como él mismo dice por San Juan (VI, 64), son espíritu y vida: las cuales sienten las almas que tienen oídos para oírlas, que, como digo, son las limpias y enamoradas, que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas, antes les hacen sinsabor. Y por eso cuanto más altas palabras decía el Hijo de Dios, tanto más algunos se desabrian por su impureza, como fué cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la Sagrada Eucaristía, que muchos de ellos volvieron atrás (ibid. 67). Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla dentro, han de pensar que no le gustarán otros, como aquí se dice, como lo gustó San Pedro en el alma cuando dijo a Cristo: *Domine, ad quem ibimus? verba vitae aeternae habes.* ¿Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna? (ibid. 69). Y la Samaritana olvidó el agua, y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios (ibid. IV, 28). Y así estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de vida eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida? Mas es tan subido el deleite, que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a qué sabe la vida eterna, que por eso la llama a la llama viva; no porque no sea siempre viva, sino porque le hace tal efecto, que la hace vivir en Dios espiritualmente, y

sentir vida de Dios, al modo que dice David: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 3): No porque sea menester decir que sea Dios *vivo*, pues siempre lo está, sino para dar a entender, que el espíritu y sentido vivamente gustaban a Dios, hechos vivos en Dios: lo cual es gustar a Dios vivo; y esto es vida en Dios, y vida eterna. Ni dijera David allí: Dios *vivo*, sino porque vivamente le gustaba, aunque no perfectamente, sino como un viso de vida eterna. Y así en esta llama siente el alma tan vivamente a Dios, y le gusta con tanto sabor y suavidad que dice: ¡Oh, llama de amor viva

Qué tiernamente hieres!

Esto es, que con tu ardor tiernamente me tocas. Que por cuanto esta llama es llama de vida divina, hiere al alma con ternura de vida de Dios, y tanto y tan entrañablemente la hiere y la enternece, que la derrite en amor, por que se cumpla en ella lo que en la Esposa en los Cantares, que se enterneció tanto que se derritió; y así dice ella allí: Luego que el Esposo habló, se derritió mi alma (V, 6). Porque el habla de Dios ése es el efecto que hace en el alma.

Mas ¿cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay cosa ya por herir, estando ya ella toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa, que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estále arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivamente las artes y juegos del amor, como en el palacio del amor y de sus bodas (como Asuero con su esposa Ester) (II, 18), mostrando allí sus gracias, descubriéndola allí sus riquezas y la gloria de su grandeza, para que se cumpla en esta alma lo que dijo en los Proverbios, diciendo: Deleitábame yo por todos los días, jugando delante de él todo el tiempo, jugando en la redondez de las tierras, y mis deleites es estar con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 30 y 31); es a saber, dándoselos a ellos. Por lo cual estas heridas, que son sus juegos, son llamaradas de tiernos toques, que a el alma tocan por momentos de parte del fuego del amor, que no está ocioso, los cuales dice acaccen y hieren.

De mi alma en el más profundo centro.

Porque en la substancia del alma, donde ni entra el sentido, ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo; y por tanto, tanto más segura, substancial y deleitable es, cuanto más interior es ella; porque cuanto más deleitable e interior es, es más pura; y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica a Dios, y así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu; porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada: que por cuanto el alma no puede de suyo obrar nada sino es por el sentido corporal, ayudada de El, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos, su negocio es ya sólo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma y en lo íntimo, sin ayuda de los sentidos, hacer obra, y mover el alma en ella. Y así todos los movimientos de la tal alma son divinos, y aunque son suyos de El, de ella lo son también, porque los hace Dios con ella, que da su voluntad y consentimiento.

Y porque en decir que hiere en el más profundo centro de su alma da a entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto.

Y cuando a lo primero, es de saber, que el alma, en cuanto espíritu, no tiene alto, ni bajo, ni más profundo, ni menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos: que pues en ella no hay partes, ni tiene más diferencia dentro, que fuera, que toda ella es de una manera, y no tiene centro de hondo y menos hondo cuantitativo; porque no puede estar en una parte más ilustrada que en otra, como los cuerpos físicos, sino toda de una manera en más o en menos, como el aire que todo está de una manera ilustrado o no ilustrado en más o en menos.

En las cosas, aquello llamamos centro más profundo, que es a lo que más puede llegar su ser y virtud, y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí: así como el fuego y la piedra, que tienen virtud y movimiento natural, y fuerza para llegar al centro de su esfera, y no pueden pasar de allí, ni dejar de llegar ni estar allí, si no es por algún impedimento contrario y violento. Según esto diremos, que la piedra, cuando en alguna manera está dentro de la tierra, aunque no sea en lo más profundo de ella, está en su centro en alguna manera; porque está dentro de la esfera de su centro y actividad, y movimiento; pero no diremos que está en el más profundo centro, que es el medio de la tierra; y así siempre le queda virtud y fuerza e inclinación para bajar y llegar hasta este más último y profundo centro, si se le quita el impedimento de delante; y cuando llegare, y no hubiere de suyo más virtud e inclinación para más movimiento, diremos que está en el más profundo centro suyo.

El centro del alma es Dios, al cual cuando ella hubiere llegado según la capacidad de su ser, y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado a su último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce a Dios; y cuando no ha llegado a tanto como esto, cual acaece en esta vida mortal, en que no puede llegar el alma a Dios según todas sus fuerzas, aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia, y por la comunicación suya, que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, y no está satisfecha; aunque esté en el centro, no empero en el más profundo, pues puede ir a más profundo de Dios. Es, pues, de notar, que el amor es la inclinación del alma, y la fuerza y virtud que tiene para ir a Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios; y así cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios, y se concentra con El; de donde podemos decir, que cuantos grados de amor el alma puede tener, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro; porque el amor más fuerte, es más unitivo. Y de esta manera podemos entender las muchas mansiones, que dijo el Hijo de Dios haber en la casa de su Padre (Joan. XIV, 2). De manera que para que el alma esté en su centro, que es Dios, según lo que hemos dicho, basta que tenga un grado de amor, porque por uno sólo se une con El por gracia; y si tuviese dos grados, habrá unido y concentrado con Dios otro centro más adentro; y si llegase a tres, concentrárase como tres; y si llegase hasta el último grado, llegará a herir el amor de Dios hasta el más profundo centro del alma, que será transformarla, y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios: bien así como cuando el cristal limpio y puro es embestido de la luz, que cuantos más grados de luz va recibiendo, tanto más se va en él reconcentrando la luz, y tanto más se va esclareciendo; y puede llegar a tanto por la copiosidad de luz que recibe, que venga él a parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede recibir de ella, que es venir a parecer como ella.

Irlanda y el problema del Ulster

La República irlandesa

La proclamación oficial de la República irlandesa junto con su efectiva separación del Commonwealth británico y de todo ligamen de subordinación directa o indirecta al rey de Inglaterra, representan un jalón importantísimo en el desarrollo de los acontecimientos en Irlanda en estos últimos años, tan pródigos de dolorosas y cruentas tragedias en el camino de la conquista de su absoluta y total libertad.

Porque, a pesar de la hondísima significación y de la trascendencia suma que entrañan el reconocimiento de la plena soberanía del Estado irlandés, no puede afirmarse que las cuestiones pendientes con Inglaterra, y que tan graves trastornos y calamidades han venido ocasionando durante siglos enteros en la llamada con entera propiedad Isla de los Santos, hayan sido completamente resueltas y superadas. En el alma de la nación queda abierta y sangrando la profunda herida que supone la amputación de una extensa región que al socaire de una pretendida autonomía sigue todavía unida a la Gran Bretaña por imposición de los descendientes de quienes un día, venidos de allende el mar, arrebataron, en alas de un espíritu sectario y al amparo de la fuerza brutal, las tierras a sus legítimos propietarios y se asentaron en las mismas, apoyados en la opresión tiránica de los naturales del país.

La historia de Irlanda constituye un acabado ejemplo de lo que es capaz la férrea voluntad de un pueblo cuando defiende los altos ideales de justicia y de independencia, frente a los poderosos del mundo.

Esclavizado y perseguido sin tregua; víctima del furor más despiadado por parte de la tropa inglesa; expulsado de sus campos y de sus hogares; acorralado, en fin, en nombre de la ley y de la autoridad, el pueblo irlandés mantuvo siempre el espíritu indomable, negándose a reconocer la expoliación y el derecho del más fuerte. Defensor esforzado de su fe contra las veleidades y consiguiente política persecutoria de Enrique VIII y de casi todos sus sucesores, supo hacer frente con ininterrumpidos actos de heroísmo a quienes trataron de arrebatárle tan sagrado tesoro, al propio tiempo que brindó al mundo un ejemplo memorable de su íntima comprensión del sentimiento de fraternidad cristiana y del concepto universal de la unidad católica, cuando a raíz de la huida de la capital inglesa del monarca Jacobo II, el pueblo entero de Irlanda le acogió en su solar en un hermoso rasgo de caballerosa hidalguía, prestándole toda la ayuda indispensable hasta alistarse bajo sus banderas para luchar contra Guillermo III de Orange, aunque éste se impuso al fin con la victoria de Limerick (1691), renovando inmediatamente todo el furor del más despiadado sectarismo protestante contra la católica nación.

Muy difícil, por no decir imposible, resultaría intentar tan sólo trazar un breve bosquejo de lo que significó para el país el odio a muerte desencadenado por las fuerzas inglesas, que incesantemente fueron renovándose a través de los siglos para sujetar y aniquilar al pueblo irlandés. Bastará para nuestra intención, y como compendio y cifra, reproducir el testimonio que nos legó el poeta inglés Spencer del paso de los nuevos «colonizadores» por una de las ricas y florecientes regiones de la conquistada Irlanda. «A pesar —escribe Spencer— de que la provincia de Munster era un territorio riquísimo y abundante, lleno de mieses y ganado, en año y medio

sus antiguos pobladores quedaron en tal miseria, que el corazón más duro se hubiera compadecido de ellos. De todos los bosques y encrucijadas salían arrastrándose a gatas, porque no podían sostenerse en pie. Parecían esqueletos; hablaban como espectros gritando desde sus tumbas; comían cadáveres de animales, considerándose feliz el que podía hallarlos, y aun se devoraban unos a otros, desenterrando las mismas carroñas, de sus propias hoyas; y si hallaban un pequeño sembrado de berros o trébol, se juntaban en torno como en un festín. En un corto espacio de tiempo no quedó de ellos ninguno, y una región populosa y rica se vió de repente vacía de hombres y bestias.»

Lo mismo ocurrió en mayor o menor escala en toda Irlanda. Expulsados sus habitantes de las más productivas comarcas y obligados a errar por los montes, una y otra vez volvieron a sus tierras sin perder la esperanza de lograr algún día la terminación de tanto oprobio y de tanta maldad.

«In solo puro et in area pura»

La derrota de O'Neill en 1602 representa de hecho el comienzo de la colonización inglesa en los Estados del Ulster. Pareció entonces resucitar la consigna de Bacón sobre la política de conquista basada en la famosa fórmula: «in solo puro et in area pura»; es decir, la eliminación pura y simple del pueblo conquistado para que en su lugar los conquistadores introdujesen una nueva vida repoblando los territorios con nuevos colonos y edificando una nueva ordenación social en la que los antiguos propietarios quedasen relegados a la categoría de siervos.

Para alcanzar estas finalidades era preciso que una bárbara y sanguinaria persecución destruyese toda posibilidad de resistencia, y que una calculada política de expoliaciones procurase a los advenedizos la base indispensable para arraigarse y dominar el país.

Esta política fué la que acabó en gran parte con las propiedades irlandesas en el Ulster. Todos sus moradores fueron expulsados de las llanuras y sus posesiones cedidas graciosamente a los favoritos de la Corte londinense o a las compañías que se constituyeron para explotar con tan ventajosas condiciones el territorio ganado con las armas por los soldados del monarca inglés.

El gobierno de Cromwell colmó en grado sumo los atropellos cometidos por los ejércitos reales. La devastación y los atropellos más inicuos fueron empleados para destruir por completo los últimos rescoldos que alentaban la confianza en una futura liberación nacional. La democracia británica significó para el país oprimido una orgía de sangre en grado quizá difícilmente superable. Irlanda entera fué entregada como botín a los soldados del dictador.

Terminado el período de Cromwell, los irlandeses comenzaron paulatinamente a reintegrarse a sus tierras. Aprovechando la circunstancia que los nuevos propietarios ingleses residían en su patria y que les convenía en grado sumo poner en explotación los campos graciosamente adquiridos, los naturales del país pudieron ir entrando en posesión de sus dominios con la categoría de arrendatarios, con lo que la sangre irlandesa logró unirse de nuevo a su histórico solar. Pero esto que pudo conseguirse en gran parte de la nación, fué imposible realizarlo en los Estados del Ulster. Allí los colonos —escoceses en gran parte— cultivaron directamente los terrenos

que les fueron entregados, por lo que los irlandeses no pudieron nunca recobrar sus antiguas propiedades. Esto explica suficientemente la existencia en los Estados Septentrionales de un núcleo de población protestante que numéricamente se ha impuesto sobre los naturales católicos manteniendo un gobierno artificial unido estrechamente con Inglaterra por el vínculo antirromano y para la defensa de sus intereses materiales.

**El pueblo de Irlanda
pone su confianza en Dios...**

Estas razones pueden explicar el estado de inferioridad en que se encuentran los irlandeses del Ulster y las despiadadas persecuciones de que se les ha hecho objeto desde la creación del Parlamento de Belfast. Basta recordar los ataques inicuos perpetrados en las personas de los peregrinos que iban a Dublín para asistir al Congreso Eucarístico celebrado en aquella capital en 1932, o los graves sucesos relatados por el Obispo de Down and Connor, Mons. Mageean en una comunicación al jefe del gobierno británico Baldwin:

«La presente insurrección —escribía Mons. Mageean— contra los católicos en Belfast, prolongada meses enteros, ha ofendido a todo hombre recto y ha despertado las más enérgicas condenaciones aun en personas de diferentes creencias religiosas, aquí y en Inglaterra. Se han permitido motines que, dueños de las calles, atacaban a los católicos y a sus propiedades, formaban grupos a las puertas de las fábricas y pedían la expulsión de los católicos; ha habido despojos, incendios, saqueos e intimidaciones en toda la ciudad. Han sido llevados a cabo actos los más indignos de un cristiano; los católicos han tenido que huir de noche, vestidos como estaban, para salvar sus vidas, entre los gritos y las burlas de la chusma; una madre con su niño de dos años fué arrojada a la calle» (1).

(1) Comunicación del obispo de Down and Connor al Presidente del Consejo de Ministros de la Gran Bretaña.

Pero no era ya la persecución cruenta al estilo de la llevada a cabo en los anteriores siglos en toda Irlanda; era también la puesta en marcha de un plan silencioso pero de más graves consecuencias, cuya finalidad era la de hacer desaparecer la minoría católica del Ulster mediante la opresión económica. «¿No han sido —se preguntaba el Obispo— nuestros obreros católicos despachados de su trabajo y de sus hogares, y a nuestros ciudadanos católicos, sencillamente por serlo, no se les ha aterrizado y privado del libre ejercicio de sus derechos cívicos, y hecho víctimas de un estado de cosas en esta ciudad de Belfast que difícilmente podría hallar semejante en parte alguna?»

Se realizaba así la consigna dada por el gobierno protestante del Ulster, y que el ministro de Agricultura había sintetizado con esta expresión: «Recomiendo al pueblo que no dé empleos a los católicos romanos, que son desleales en un 99 por 100... Por mi parte haré todo lo que pueda.»

Nada, empero, ha logrado destruir la población católica irlandesa de los Estados —hoy condados— del Ulster. Como afirmaba el Prelado anteriormente mencionado, «los católicos irlandeses tienen el derecho de vivir en su tierra natal y ganarse en ella el sustento», como derecho tienen a conseguir su perfecta unidad política mediante la integración del Ulster en la República irlandesa.

Irlanda espera que la prudencia de los hombres de Estado británicos comprenderán la inutilidad de conservar en Irlanda un motivo de discrepancia y discordia, en beneficio de una minoría protestante que trata de salvaguardar sus discutibles privilegios en las regiones septentrionales del país. Pero cualquiera que sea la posición del gabinete británico, «el pueblo irlandés —como señalaba Mons. Mageean— pondrá su confianza en Dios, esperando firmemente que día vendrá en que la semilla de sospecha y disensión sembrada con tanta asiduidad y con fines egoístas por hombres intrigantes, se secará y morirá en las manos de quienes la esparcen».

José-Oriol Cuffi Canadell

LIBROS RECIBIDOS

LA SACRA BIBLIA. Publicada bajo la dirección de Mons. Salvador Garofalo, Profesor de Exégesis Bíblica en el Pontificio Ateneo Urbano «De Propaganda Fide». — Casa Editorial Marietti, Turin (Italia).

Nos han llegado los primeros tomos, pulcra y excelentemente editados, de esta traducción italiana de la Biblia. El primero de ellos es una «Introducción general a la Sagrada Biblia», por el Dr. Cayetano M. Perrella, C. M., y en él se estudian, teológica e históricamente, diversos problemas vitales planteados alrededor de las Sagradas Escrituras, tales como la inspiración divina, el sentido de la Biblia, los textos originales, la interpretación de los Libros

Santos. Los volúmenes de la «Sacra Biblia» llevan el texto original de la Vulgata Latina y su correspondiente traducción italiana. El Nuevo Testamento lleva también su texto griego. Interesantes introducciones para cada libro y extensas notas críticas y comentarios, así como ilustraciones históricas acompañan a esta edición italiana.

Los primeros tomos editados que hemos recibido son: «Introduzione Generale», «Daniele», «Ezechiele» y «Le Epistole Cattoliche di Giacomo, Pietro, Giovanni e Giuda». Al recibirlos con agrado, plácenos felicitar, en nuestras modestas líneas y por lo que valga, aunque sea poco, el noble empeño, conducente a una mayor divulgación de las Sagradas Escrituras, esta vez tratadas con verdadera altura científica.

L. L.

DE ACTUALIDAD

El mayor pecado del hombre es el olvido de Dios.—La humanidad se encuentra en una encrucijada decisiva.—Persecución contra la enseñanza religiosa en los Estados Unidos

El mayor pecado del hombre es el olvido de Dios

El Episcopado de Puerto Rico publicó recientemente una Carta Pastoral con motivo de la santa Cuaresma, en la que pide a los fieles que intensifiquen sus súplicas «por la conversión de aquellos que con implacable odio persiguen a Dios y a la Iglesia». Esta guerra contra Dios, dicen los Obispos, responde al espíritu militante de ateísmo, que aun en Puerto Rico se refleja en ciertas iniciativas y propagandas contra la familia cristiana, con el sofisticado pretexto de que con unos actos y una conducta altamente inmorales se contribuye al bienestar de todo el pueblo.

«No se puede eludir la ley de Dios —añade— sin que, tarde o temprano, se sufran las sanciones divinas, ya que de Dios no se burla nadie.»

Y prosiguen más adelante los Obispos:

«Cuando se intenta resolver los problemas del hombre sin contar con el Hacedor del hombre es de esperarse el más estruendoso y desventurado fracaso. De aquí la urgente e imperiosa necesidad de insistir cada día más y más en que nuestro pueblo y sus públicos dirigentes no prescindan de Dios. Se impone el verdadero retorno a Dios; no basta con mencionar el nombre de Dios como cosa de obligada rutina. Y para el retorno a Dios es imprescindible reconocer que nos hemos extraviado; y el humilde reconocimiento de nuestro extravío nos conducirá al arrepentimiento, a la penitencia y a la enmienda.

»¡Oración y penitencia! He ahí en síntesis el mensaje de Fátima, que cada día cobra más actualidad en un mundo que, olvidado de Dios, parece de Dios olvidado. ¡Que nuestro pueblo preste oído atento a esa súplica maternal de la Santísima Virgen!

»El mayor pecado del hombre es el olvido de Dios, y ése es igualmente su mayor castigo.»

La humanidad se encuentra en una encrucijada decisiva

El Santo Padre recibió el día 29 del pasado mes de abril a los profesores, alumnos y exalumnos del Colegio Pontificio Leoniano de Anagni, con motivo de celebrar este seminario el cincuentenario de su fundación.

El Papa expresó su alegría por la gloriosa efemérides del colegio que se honra con el nombre del Pontífice León XIII, su fundador, y cuya labor ha sido tan eficaz para el bien de las almas y para el progreso de la obra de la Iglesia.

Y prosiguió diciendo Su Santidad: «Si es verdad que están en un error aquellos que, movidos por una pueril e inmoderada ansia de novedad, perjudican con sus doctrinas, con sus actos y con sus agitaciones la inmutabilidad de la Iglesia, no es menos cierto que se engañarían también los que buscaran, más o menos conscientemente, anquilosarla en una estéril inmovilidad. La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, es, como los hombres que la componen, un organismo viviente, substancialmente siempre igual a sí mismo; y Pedro reconocería en la Iglesia católica romana del siglo xx aquella primera sociedad de creyentes a quienes él arengaba el día de Pentecostés. Pero el cuerpo vivo crece, se desarrolla, tiende a la madurez. *El cuer-*

po místico de Cristo, como los miembros físicos que lo constituyen, no vive ni se mueve en lo abstracto, fuera de las condiciones incesantemente mudables del tiempo y del espacio; no está ni puede estar segregado del mundo que lo circunda; es siempre de su siglo; avanza de día en día, de hora en hora, adaptando continuamente sus maneras y su comportamiento al de la sociedad en medio de la cual debe obrar.»

En este aspecto, el Papa hizo hincapié en los grandes beneficios de los seminarios regionales, por el contacto que establecen entre sus alumnos y que perdura más tarde, haciendo posible un intercambio fructuoso de experiencias y de iniciativas y preservando de las mezquindades de un mal entendido exclusivismo lugareño.

«Todos sienten —continuó el Pontífice— que *el género humano se encuentra ahora en una encrucijada decisiva de la Historia*, de la cual el clero no puede permanecer como espectador inerte, porque se trata de la suerte de las almas. Por eso, al espíritu de mentira que domina el mundo, el clero debe oponer el amor inconcuso de la verdad; al espíritu de odio y de egoísmo, el sentimiento de fraternidad cristiana y la tutela de la justicia, especialmente hacia las necesidades de la clases humildes; al espíritu de la corrupción, la pureza sacerdotal; al ansia de los placeres, el despego de los miserables bienes de esta tierra. *La hora presente exige del sacerdote una virtud más fuerte, un celo más ardiente y una firmeza más intrépida.* ¡Ay del sacerdote que hoy día quisiera ahorrarse y limitar las renunciaciones, los sacrificios y las fatigas! ¡Ay del sacerdote que se dejase intimidar por las amenazas y los peligros, olvidando la advertencia del Redentor!: «El que ama la propia vida la perderá» (Io., 12, 55).

El Papa terminó su discurso impartiendo sobre los presentes su bendición apostólica.

Persecución contra la enseñanza religiosa en los Estados Unidos

Un aspecto de la persecución sectaria contra la enseñanza religiosa en los Estados Unidos se ha producido recientemente con la expulsión de los religiosos católicos de la dirección de las escuelas públicas del Estado de Nuevo Méjico, decretada por el juez E. T. Hensley de aquel distrito judicial.

En dicho Estado, un grupo de veinticinco protestantes, apoyados por la sociedad de «Protestantes y otros americanos unidos pro separación de la Iglesia y del Estado», fundada en Wáshington, acusaron a más de doscientas personas, entre ellas a algunos sacerdotes y a las autoridades escolares, de haberse encargado a religiosos de la dirección de varias escuelas. El carácter sectario de esa acusación sube de punto si se considera que fueron los propios padres de familia los que hicieron la petición de referencia a las autoridades ante la imposibilidad de encontrar los maestros indispensables para el funcionamiento de dichas escuelas.

El juez aceptó la acusación y ha fallado en contra de los religiosos y de las autoridades locales, declarando que los religiosos enseñaban doctrinas sectarias (sic) y que se habían violado las leyes constitucionales de la nación.

¡Típica interpretación del liberalismo de la llamada «libertad de enseñanza»!

J. O. C.

El Liberalismo es pecado

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

Obra que, a pesar de haberse escrito hace más de cincuenta años, conserva toda su actualidad

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION
Precio especial para nuestros suscriptores:

4 ptas. ejemplar

Nota de la Administración

Distribuidos ya los índices correspondientes al año 1948 nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto puede remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono

22446

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 25 ptas.

LA ADMINISTRACION

*L*a parroquia con sus dependencias sociales, es el centro de la vida católica.

V. H.

COMPRAMOS

a 5'50 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 21, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 43, 48, 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 67,

Indices de los años 1944 y 1945
a 2'— ptas.

Llame al teléfono 22446

La Administración



*Visite las Cuevas
de Artá*

CRISTIANDAD
REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 "

Trimestral . 25'00 "

■
Número ordinario . . . 5^{zs} pts.
Encuadernar 25 ›
Tomo encuadernado . 125 ›



Vinos de Mesa

MARFIL

Blanco y Tinto

ALELLA LEGITIMO

DISTRIBUIDORES:

Esteve y Sauret

de

SAURAT y FLAQUER, S. R. C.

Angeles, núm. 16
Teléfono 14392
BARCELONA